BOLSILIBROS BRUGUERA

la conquista del ESPACIO

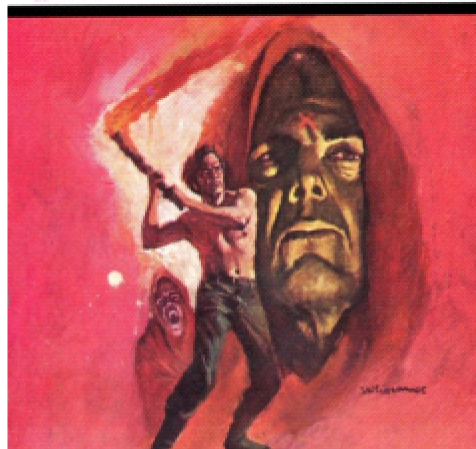
LAS CRIATURAS DEL FRIO

CURTIS GARLAND

CIENCIA FICCION




BOLSILIBROS BRUGUERA
la conquista del
ESPACIO
LAS CRIATURAS
DEL FRIO
CURTIS GARLAND
CIENCIA FICCION




LA CONQUISTA
DEL ESPACIO

YA ESTA A LA VENTA
LA NUEVA SERIE

SELECCION

TERROR

Creada para aquellos lectores que poseen nervios de acero y no temen traspasar las fronteras de lo irreal y adentrarse en un mundo desconocido, aterrador como una pesadilla, apasionante como la más increíble de las aventuras.

CURTIS GARLAND

LAS CRIATURAS DEL FRÍO

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 139



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS – MEXICO

Depósito legal: B. 7.444-1973

ISBN 84-02-02525-0

Impreso en España - Printed in Spain

1.a edición: abril, 1973

© CURTIS GARLAND-1973

texto

© ANGEL BADIA -1973 cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor

de **EDITORIAL BRUGUERA. S. A.**

Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**

Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1973

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCION

134. — Tras el reino de las tinieblas.

Curtis Garland

135. — El cazador de planetas.

Glenn Parrish

136. —Secuestro de jóvenes.

J. Chandley

137. —Poder infinito.

Glenn Parrish

138. — El último reducto.

Ralph Barby

PORTICO

La historia ha comenzado ya.

Hay incluso nombres ilustres del espectáculo, de la ciencia y de otras ramas de la sociedad humana mezclados en la cuestión. Los periódicos han publicado algunas referencias al efecto. No muchas, porque el asunto se lleva con algún secreto, no sé por qué. Todo son especulaciones y teorías en torno. Ni siquiera hay confirmación oficial de ningún país ni de ninguna entidad o persona familiar afectada por los hechos.

Pero la historia está ahí. En su primera página.

Todavía hay que volver muchas más en el libro del futuro, para saber qué sucederá al final. Posiblemente todo quede en eso: en puro embrión, en teoría imperfecta, en un sueño que nunca se llegue a realizar. Y tal vez sea mejor así. Tal vez, porque uno no sabe dónde está la frontera entre lo razonable y lo delirante, entre el hecho científico y el despropósito. Uno no acusa. Ni tan siquiera se lamenta o censura. Solamente duda. Dudar es humano. Dudar siempre lleva a la propia destrucción y la de los demás, según Shakespeare. Al menos, es lo que Hamlet demostró en su trágica encrucijada. Pero la duda razonada es justa. Es lógica, incluso.

Uno no tiene más remedio que dudar. Como algunos filósofos de la Antigüedad pusieron en duda que la «piedra filosofal» trajese la felicidad a la gente. Como el autor del cuento duda —y mucho— de que el mágico poder del rey Midas en convertir en oro cuanto toca pueda hacer realmente dichoso al codicioso monarca.

Tras esa duda, naturalmente, no hay nada aún. El hecho sigue siendo pura especulación. Un sueño en embrión. La primera página del libro.

¿Qué habrá detrás? ¿Un libro de páginas en blanco? ¿Un éxito asombroso y revolucionario de la ciencia? ¿O el mayor y más escalofriante de todos los fracasos cosechados por el hombre?

El autor, modestamente, no busca una respuesta a todo. Se limita a expresar su duda. Luego, analiza la cuestión. A su modo, claro. Dejando volar la imaginación y especulando con la «anticipación» que es norma de esta serie.

Pero, desgraciadamente, las cosas pueden llegar a ser «así»

Y no en un futuro remoto, no. No harán falta siglos para esa respuesta. No. Uno tiene la inquietante, incómoda sensación de que la historia va a seguir escribiéndose ahora mismo. Y puede llegar a su epílogo pronto, muy pronto. Quizá mañana mismo. O pasado mañana.

Dios quiera que las cosas no sean como el autor ha imaginado en este juego siempre inofensivo y especulativo de anticipar una posibilidad futura sobre un hecho de hoy, de ahora mismo.

CAPITULO PRIMERO

Nunca olvidaré el día que se concedió al Premio Nobel de Medicina a los doctores Wasserman, Hornig y Leskov.

No, no es fácil olvidar ese día. Ocurrieron demasiadas cosas para que esa fecha se borre de mi memoria. Cosas relacionadas con mi propia existencia, con mi profesión, con mi futuro. Y, naturalmente, de un modo indirecto —¿o quizá directo?— con los doctores Wasserman, Hornig y Leskov.

El notable médico investigador de la Academia de Viena, el biólogo de Múnich y el químico de Moscú recibieron el mismo día su común galardón. En realidad, debieran haber sido premiados por muy diversas razones: biología, medicina, química, bioquímica y algunas especialidades más. Pero la Academia sueca optó por considerar su trabajo de equipo en su simple trascendencia médica, quizá para poder quedar bien con todos y dar algunos otros galardones a unos norteamericanos, ingleses y franceses que sonaban en los ambientes científicos internacionales.

Además, los tres investigadores habían trabajado en equipo, subvencionados por la ONU, en la llamada «Operación Segunda Vida», y su labor era puramente médica en tal aspecto y, sobre todo, en sus consecuencias.

La droga «Lázarus» era ya un hecho. Y la Academia sueca les concedió el anhelado Nobel, en ambiente de euforia mundial. Cierto que los Gobiernos aún no habían llegado a la distribución y venta de la droga, pero eso era ya cuestión de tiempo. Seguramente unas semanas, no más de un mes a juicio de los más enterados. Yo estaba de acuerdo con ellos porque también yo era, después de todo, un «enterado».

La droga se llamaba clínicamente de un modo largo y complicado. Quizá por eso, la denominación popular de «Lázarus» gustó a todos y se adoptó rápidamente. Además, era sugerente, esperanzadora. Gustaba de ese modo.

El día que se les concedió el Nobel de Medicina, el veterano Wasserman, jefe del equipo científico, habló por televisión. Su alocución fue breve y poco espectacular, como acostumbran a serlo las de los hombres dedicados a una abnegada y oscura labor científica.

Pero creo que jamás retransmisión alguna, ni siquiera política, deportiva o tecnológica, tuvo mayor audiencia visual en todo el orbe. Había sus razones para ello, a fin de cuentas.

El sabio vienés fue conciso en todo. Pero una de sus frases quedó flotando en el ambiente, se repitió en grandes titulares por todos los rotativos mundiales y se grabó hasta la obsesión pura en las mentes de cuantos esperábamos el gran milagro de nuestro tiempo.

Quizá no recuerde exactamente las palabras utilizadas por el doctor Wasserman. Poco más o menos, fueron éstas:

«Yo os lo prometo, amigos todos, ciudadanos del mundo que me escucháis ahora. Todo es cuestión de días, de semanas cuanto más. Trámites burocráticos, industrialización, distribución y todo eso. El producto está elaborado. A punto de salir a los mercados. Por fin lo hemos conseguido. Experimentalmente, ha sido un éxito. Pero ahora vendrá la segunda etapa experimental. Muy breve, eso sí. Y, finalmente, todos podréis disponer de vuestra dosis respectiva. Los demás detalles son cosa de los Gobiernos, de los centros médicos, de la Organización Mundial de la Salud y todos los demás organismos adecuados. Mi palabra es sólo ésta: lo hemos logrado. Para bien de todos. Para vosotros, los que me escucháis. Y, sobre todo..., para los que todavía no pueden escuchar mis palabras. O para los que ya no llegaron a tiempo de escucharlas...»

Sí. Más o menos, eso dijo el austríaco doctor Wasserman, en nombre suyo y de sus dos ilustres colegas. No lo olvidaré. No puedo olvidarlo.

No, porque ese día, mientras la televisión transmitía la imagen y las palabras de los hombres que recibían su galardón en Estocolmo, yo tenía frente a mí, en la fría y cómoda estancia de mi moderna vivienda..., el cadáver de mi joven esposa, recién fallecida.

* * *

—Lo sentimos muy de veras, Roy. Ha sido tremendo que ocurriera esto...

—Gracias, amigos. Sé cuánto llegáis a sentir lo que me sucede —les miré, levantando la cabeza, saliendo de mi abstracción profunda y amarga—. Pero nada relacionado con la muerte tiene remedio.

—¿Estás seguro? —hubo ironía en el destello de la mirada de mi amigo—. ¿Y tú, precisamente tú..., dices eso?

—Te sorprenderá, pero yo lo digo. Cuando menos, no hubo remedio alguno hasta ahora.

—Eso es: *hasta ahora*. Sabes que todo va a cambiar radicalmente. Wasserman, Hornig y Leskov han hablado por la televisión, y han dicho…

—Sé lo que han dicho. Escuché la retransmisión desde Estocolmo.

—¿Y eso no te satisface?

—No sé… —Miré el cadáver de Elma, mi esposa fallecida—. No sé qué pensar. Me siento confuso, aturdido. Ha sido todo tan rápido…

—¿Todo?

—Sí. Lo de Elma, lo de esos científicos… Oficialmente no hay nada aún, por supuesto. Pero ellos no hubieran hablado así de no ser cierto todo.

—Claro que es cierto. No se habla de otra cosa. Hay gente que llora en la calle, hay quien está de rodillas aún, dando gracias a Dios…

—No saben lo que hacen —murmuré.

—Roy, ¿qué dices? —se quejó mi amigo—. Sin duda hablas así porque esto te ha trastornado demasiado…

—No es eso, Karl —rechacé—. Es que la gente ha desorbitado las cosas.

—¿Tú crees? —dudó Karl. Cambió una mirada con sus acompañantes, que parecían dudar de mi estado mental.

—Sí, no te quepa duda. Hay grandes esperanzas depositadas en todo esto, pero… es sólo un experimento. El principio. Imagina si hubiera un… un fracaso. Sería espantoso.

—No puede haberlo. Lo han conseguido, Roy. Está demostrado ya…

—Demostrado en un laboratorio —repliqué—. ¿Qué sucederá aquí, en la vida misma, en el mundo, en sus ciudades, calles y edificios? ¿Todos los casos serán iguales? Y aun siéndolo, ¿va a continuar todo igual que antes?

—Roy, deberías sentirte feliz. Es la posibilidad maravillosa, suprema, de… de recuperarla a ella también —señaló a Elma, rígida,

pálida, como dormida en su féretro transparente, con las inevitables iniciales, C. W. I., grabadas en plateado sobre el vidrio especialmente elaborado.

—Ella está muerta, Karl —le recordé secamente.

—Ahora lo está. Mañana..., todo será diferente —me replicó Karl.

Me encogí de hombros. Contemplé a Elma. Recordé su breve agonía, la llegada del médico, la aplicación del famoso inyectable en sus venas... Sacudí la cabeza. Oprimí mis sienes con ambas manos crispadas.

—No sé —gemí—. No sé. Dejadme, por favor. Dejadme ahora con ella... A solas, Karl.

—Claro, amigo —asintió él. Estuve seguro de que me contemplaba, hondamente preocupado. Pero invitó en voz baja a los demás a que le acompañasen fuera de la estancia. Y me dejaron solo.

Solo con ella. Con Elma. Con mi dolor.

Fue aquel día, sí. Nunca podré olvidarlo. Nunca.

Por la noche se llevaron a Elma. Silenciosos funcionarios de uniformes gris plata, como metálicos, recogieron el féretro, cubriéndolo herméticamente con una tapa también transparente, ligeramente curvada. Era como si Elma se fuese de mí, flotando en una burbuja oblonga, cristalina.

Nada de ceremonias, nada de entierros o incineraciones; nada de ritos religiosos o de protocolos funerarios. Nada. Solamente así: dos empleados de expresión hermética, unos uniformes fríos y metalizados, un furgón silencioso, que se alejaba en la noche, en la ciudad excitada por las noticias de aquel día, rumbo a... alguna parte.

Alguna parte que nadie conocía. Un lugar tan remoto como la misma muerte, como la eternidad. Más lejano y difuso que un cementerio. Menos concreto que una fosa o un panteón. Un sitio en alguna parte desconocida. Formaba parte del procedimiento. Era un secreto estrictamente legal. Quizá pronto iba a dejar de serlo.

—Adiós, Elma... —dije, desde la ventana, cuando las luces posteriores del furgón color plata se perdió en una esquina urbana—. Adiós...

Todo había concluido, pensé. Yo no podía pensar como los

demás. Ni aun después de haber presenciado el programa televisado. Para mí, Elma se había ido para siempre.

Si algún día regresaba, pensé, con un escalofrío…, ¿seguiría siendo Elma?

—No —susurré—. Sería mejor. Mil veces mejor… que nunca regresara. Como siempre fue hasta ahora. ¿Por qué cambiar las cosas? ¿Por qué no respetar ciertas reglas del juego? ¿Por qué?

Regresé al interior de mi vivienda. Tremendamente triste ahora. Sola. Muy sola.

Nuestro matrimonio había sido breve. Pero feliz. Ahora, sin ella, me daba cuenta de lo vacía que se queda una casa cuando dos la habitan y uno de ellos se ausenta para siempre.

Me encaminé lentamente a mi lecho. Al que había sido *nuestro* lecho. Empecé a desnudarme lenta, cansadamente. No llegué a hacerlo. Tras desabotonar mi camisa, me dejé caer encima de la cama, profundamente abstraído, agotado. Cerré los ojos.

Tuve que abrirlos de nuevo. Contemplé el teléfono dotado de pantallita de televisión. Estaba zumbando, insistente. Una luz roja parpadeaba sobre las teclas numeradas. Me incorporé molesto, irritado. No quería hablar con nadie. No quería atender llamadas telefónicas. Pero la luz roja indicaba que era una llamada directa de urgencia. Directa desde mi centro de trabajo, naturalmente. Tendría que atenderla, aunque luego desconectase el aparato para no ser importunado de nuevo.

Levanté el auricular. Puse los labios ante la rejilla del micrófono. La pantallita se iluminó. En ella aparecieron los rasgos fríos e inexpresivos del doctor Frye Zucco. Le reconocí en seguida. Había hablado con él algunas veces. Un buen tecnócrata, eficiente y hábil.

—Buenas noches, Dreyer —me dijo—. Siento molestarle. Reciba mi testimonio de pesar por lo sucedido, ante todo.

—Gracias, doctor —respondí, con cortesía—. ¿Algo importante?

—Sí, Dreyer. Lamento que tenga que llamarle esta noche. Hay cosas que no respetan nada, ni siquiera el dolor ajeno. De cualquier modo, el suyo va a ser un dolor transitorio. Como el de todo el mundo. Se ha conseguido.

—¿Se ha conseguido? —pregunté, torpemente.

—Sabe cómo somos nosotros. No nos fiamos de nada. No aceptamos nada al azar. La computadora ha sido programada para dar una respuesta, con los datos específicos de la cuestión. La contestación ha sido afirmativa. La droga es válida, Dreyer.

Respiré hondo. No supe si reír o echarme a llorar. En la duda, no hice nada de eso. Sencillamente, respondí:

—Es una gran noticia, señor.

—Lo es, sí. Comprendo que, de momento, le deje algo indiferente. Está usted bajo los efectos de su *shock* personal. Mañana verá más claro. Escuche, Dreyer. Me han informado en el Centro de la Salud que es usted la persona de servicio esta semana.

—Es cierto, señor. Buscaron a Forrest, pero está ausente, de vacaciones, y han puesto un suplente mío, cuando sucedió lo de Elma...

—Lo sé. Su suplente, sin embargo, no es lo bastante responsable para una cosa así. El delegado del Gobierno está aquí ahora. Vamos a ir hacia el Centro de la Salud inmediatamente. Sintiéndolo mucho, deberá sobreponerse momentáneamente a su trance, e ir también allí.

—¿Yo, señor? ¿Ahora?

—Sí, Dreyer. Tiene que hacerlo. Siento hablarle así, pero... es una orden. Asunto oficial, directo del Gobierno. Usted ha de hacerse cargo de las primeras dosis de droga concedidas a nuestro centro por la OMS [1].

—¿Es posible? —pestañeé.

—Es posible, sí. Son pocas dosis. Preciosas, por tanto. Hay alguna de repuesto, para una emergencia. No falte, Dreyer. Dentro de una hora, en el Centro.

—Bien, doctor. Estaré allí —prometí, secamente.

Y colgué, lleno de perplejidad. Aquello era no sólo irritante, sino capaz de desconcertar a cualquiera. Los acontecimientos se precipitaban. Apenas por la tarde, los doctores Wasserman, Hornig y Leskov habían hablado de ello desde Estocolmo. Ahora, los engranajes de la gran máquina estaban ya en marcha.

Las primeras dosis de la droga... La Organización Mundial de la Salud, el Centro de la Salud Nacional... Lo demás era fácil de colegir. Todo iba a ser rápido. Muy rápido. Ojalá fuese para bien.

Me vestí apresuradamente. Miré con un suspiro la cama vacía. Evoqué a Elma. Cerré los ojos un momento.

—No sé... —gemí—. No sé qué pensar, querida... ¿Has muerto? ¿Estás realmente *dormida*, esperando *despertar*?

Sacudí la cabeza. No tenía respuesta. Quizá la que tenía tampoco me gustaba. Salí de casa. Tomé mi vehículo, encaminándome hacia el Centro de la Salud Nacional.

Un momento después, me enfrentaba con una extraña forma de morir...

CAPITULO II

Detuve el vehículo.

No podía hacer otra cosa. La vía principal de acceso al Centro de Salud estaba bloqueada.

Bloqueada de un modo siniestro, alarmante.

Me estremecí al ver los dos vehículos de patrulla policial. Ambos volcados, cruzados en la ruta de asfalto. Aplastados virtualmente el uno contra el otro. Dentro, los cuerpos de los agentes uniformados asomaban por las ventanillas y portezuelas desgarradas, convertidos en guiñapos de sangre. Uno de los vehículos chisporroteaba, pese a estar dotado de motor eléctrico, y su tapicería estaba empezando a arder, acaso por el corto circuito del motor destrozado.

No podía hacer nada, ni tampoco valía la pena. Los cuatro agentes de servicio estaban muertos. Y cosa rara: no sólo el accidente brutal les podía haber dejado así. El baño de sangre era terrible. Los destrozos en su cuerpo, también. Pero, además de eso, tenían sus cráneos hundidos a golpes, brutalmente. Y en la frente, un signo trazado con un tajo seguro, sobre la piel. Dos tajos, mejor dicho.

Dos tajos en forma de cruz en aspa, como una letra equis. Tuve una convulsión al identificar el símbolo.

—Los Hermanos... —susurré entre dientes, sintiendo mi boca reseca—. Son ellos...

Sentí un ruido a mi espalda. Me volví sobresaltado, lleno de preocupación. Lo que vi no contribuyó precisamente a desvanecer mis temores.

Los monjes aparecían por varios puntos confluyentes a la avenida central. Vestían sus ropas tradicionales de los ritos solemnes: caperuzas puntiagudas, hábitos púrpura, la cruz de aspa sobre su pecho, el cinturón hecho de huesos humanos en su cintura... Los rostros apenas si eran visibles bajo las caperuzas púrpura. Todos parecían iguales. Como sombras, como seres del Medioevo, revividos mágicamente...

Habría, cuando menos, una docena de ellos. Me estaban rodeando, con su pasivo e inquietante silencio, que no auguraba nada

bueno. Traté de envalentonarme con ellos.

—¿Qué sucedió aquí? ¿Qué queréis vosotros? —indagué, con voz áspera.

—Vete, hermano —dijo una voz grave, profunda, surgiendo de debajo de una caperuza purpúrea—. Aún estás a tiempo. Vete y no condenes tu alma en esa infernal conjura de los hombres de la ciencia. Nunca más vuelvas por aquí y nada te sucederá.

—¿Por qué habría de sucederme algo? —repliqué, pese a que distaba mucho de sentir yo la firmeza que mis palabras aparentaban —. Decidme, ¿cómo ocurrió ese accidente?

—No fue ningún accidente, hermano —habló el monje mismo de antes.

Se habían detenido, formando un silencioso cerco en torno mío. Salvo su presencia monacal, no había nadie en torno mío. La noche en la gran urbe era silente, fría y llena de vacío.

—¿Qué quieres decir? —susurré.

—Ellos se negaron a obedecerme. Ahora están muertos. Los cuatro.

—¿Quieres decir... que matasteis... a esos policías? —Era la confirmación, triste confirmación, de mis íntimos temores.

—Quiero decir que hicimos justicia sobre los hombres que han huido de la verdad y de la causa del Espíritu. Nosotros, los Hermanos del Espíritu, hicimos cumplir la sentencia. Te sucederá igual, si continúas adelante. Todo el que esté mezclado en esa aberración, en esa diabólica locura, inducida por Satán a los hombres..., ¡debe morir! Sólo la muerte, una muerte cierta y total, liberará su alma de horribles designios del Mal.

Les miré, aturdido. Si me negaba a acudir a mi cita en el Centro de Salud, incurriría en un grave delito de desobediencia. Eso podía costarme el cargo, e incluso la prisión. Si insistía en llegar al Centro, aquellos fanáticos enloquecidos me sacrificarían como lo habían hecho ya con los policías.

Era un tremendo dilema. En realidad, no sabía qué hacer...

—Vete —invitó una voz.

—Vete, hermano —invitó otra, ronca y profunda.

—¡Vete y salva tu vida y tu alma! —corearon las voces de los monjes púrpura.

Vacilé, aturdido. El cerco se estrechaba. Avanzaba hacia mí. Su negro calzado puntiagudo, como babuchas medievales, pisaba el asfalto sin el menor ruido. Sus invisibles ojos, ardientes y despiadados, estaban fijos en mí.

La secta religiosa, fatalmente, me destruiría si insistía en seguir adelante. Volver atrás era faltar a mi deber y desobedecer al Gobierno.

Me lo jugué todo a una carta.

Rápido, me incliné. Los policías muertos yacían como peleles sanguinolentos sobre ventanillas y portezuelas. Tomé un arma caída bajo los yertos dedos de uno de ellos. Alcé rápidamente esa arma contra los que me rodeaban. Grité, exasperado:

—¡Quietos todos! ¡Quietos ahí… o disparo!

Ellos se pararon, como si mis palabras les hubiesen impresionado. El silencio de todos ellos me molestó.

—No dudaré en matar, si es preciso — avisé—. No tolero órdenes ni imposiciones por la violencia. Vosotros defendéis la verdad, según decís. Bien; hacedlo mansamente, por medio de la persuasión y el rezo, no matando y destruyendo.

—Pasó el tiempo de la persuasión amable, hermano —me respondió el que dirigía al grupo—. Nuestra secta servirá al espíritu en la forma en que los hombres merecen que se haga: destruyendo aquello que sea impuro, indigno de seguir con vida. Tira esa arma, y vete. O te condenarás irremisiblemente.

—Es posible que me condene. Pero cuando menos, ocho o nueve de vosotros me acompañarán al infierno —avisé—. Este arma tiene carga múltiple, y lo sabéis. Puedo efectuar muchos disparos en unos pocos segundos. Suficientes para dejar muy pocos de vosotros con vida, aunque yo caiga en el empeño.

—¿De veras eliges ese camino, hermano? —preguntó el monje.

—¡Sí! —repliqué—. No me dejáis otro, locos fanatizados.

—Bien. Entonces…, empieza a disparar —aceptó lúgubremente el superior de aquel grupo.

Y los sectarios avanzaron sobre mí, inexorables.

Me resultaba duro, pero tenía que hacerlo. Alcé el arma, apunté y apreté el gatillo.

Esperaba el tableteo vertiginoso de aquella pistola-metralleta ligera. No sucedió nada de eso. Sólo una serie de chasquidos veloces...

Hubo un murmullo sarcástico, procedente del fondo sombrío de aquellas caperuzas en torno mío. Uno de ellos rió gravemente ante mi estupor.

—Somos precavidos cuando nos enfrentamos a los hombres enloquecidos por el Mal —recitó el jefe del grupo monacal—. Esas armas están todas *descargadas*, hermano... Lo malo es que te has condenado... y debes morir.

De entre sus hábitos purpúreos, las manos huesudas de los monjes sectarios extrajeron terribles mazos de hierro, con pinchos en la bola de su extremidad. Un arma medieval también, al servicio de arcaicas ideas fanatizadas por una fe equivocada tal vez... Ahora comprendí por qué las cabezas de los agentes de las patrullas estaban tan aplastadas...

Y yo era la próxima víctima inevitable.

* * *

Al avanzar, chascaban los huesos humanos, color marfil sucio, de sus siniestros cinturones, unidas entre sí las piezas óseas con una simple cuerda nudosa. Ascéticos, fríos y brutales, los Hermanos del Espíritu me rodearon. Alzaron sus mazos demoledores...

No me quedé quieto, esperando ser triturado a golpes. Tenía que hacer algo, a la desesperada, por inútil que fuese.

Y lo hice.

Salté sobre el más próximo Hermano, con repentina furia, poniendo toda mi fuerza y agilidad en la embestida brusca. Logré sorprenderle.

Se encogió, al recibir un cabezazo brutal en el estómago que le dejó sin aliento. Pero a ello, me lanzó su terrible esfera de hierro, erizada de púas demoledoras. Finté, esquivando aquel impacto salvaje, que me hubiese triturado el cráneo irremediablemente. Perdió él su equilibrio, y yo aproveché para aferrarle por los brazos, haciéndole girar, delante mío, en el momento mismo en que me lanzaban sus compañeros dos golpes con aquellas herramientas mortíferas.

Recibió él ambos mazazos. De otro modo, hubiera sido mi cabeza la que los sufriese. Su cabeza pareció estallar horriblemente, reventada por las esferas de hierro macizo. No fue nada agradable. Su aullido heló la sangre en mis venas, tanto como el propio espectáculo sangriento.

Solté al monje, mientras los otros retrocedían, desorientados, al ver a su hermano caer bajo sus propios golpes. Yo, muy oportunamente, pude arrebatar al que caía su instrumento agresivo, que empuñé con fiereza, resuelto a todo, para evitar caer víctima de aquellos fanáticos.

—Murió el Hermano Isaías —dijo uno de ellos—. ¡Matamos al hermano Isaías en vez de acabar con el indigno y materializado representante de «lo establecido»! ¡Muerte, muerte al humano convertido en engranaje de la diabólica máquina de los hombres de la época!

Y estrecharon más aún su cerco, insensibles ya a la presencia del Hermano muerto por ellos mismos. Decididos a terminar conmigo del modo que fuese. Yo no tenía nada contra ninguno de ellos. Hubiera respetado, incluso, su postura fanático-religiosa, de no ser porque tal postura, llevada a los extremos que ellos entendían por purificadores, lo que hacía era causar muertes violentas, provocar asesinatos injustificados, como el de los cuatro infortunados policías. Y como el mío mismo, a poco que me descuidase.

Casi me descuido. Algunas bolas de hierro silbaron cerca de mi cabeza. Una rozó mis ropas, y las púas desgarraron el tejido, arañándome brutalmente la piel. Sentí correr la sangre en mi epidermis sudorosa. La fuerza del roce, simplemente, me echó atrás. Eso me salvó de otro mazazo mortífero, lanzado desde un lateral, que sentí estallar en el aire, sin tocarme, zumbando furiosamente la cadena a la cual iba sujeta la mortal esfera de hierro.

Rabioso, sabiendo que me jugaba el todo por el todo y convencido además de mis escasas posibilidades frente a aquellos salvajes fanatizados, cargué sobre los dos más próximos.

A uno le rasgué de arriba abajo los hábitos purpúreos, y la sangre manchó su torso, desnudo, cubierto de señales de flagelación sin duda. Volvían a los ritos demenciales de la Edad Media, acaso para exorcismos del tipo purificador. Mi golpe no le causaría la muerte, pero le lanzó contra el coche que chisporroteaba, ardiendo ya, y las llamas prendieron en sus hábitos desgarrados. Convertido en una antorcha humana, mientras mi bola de hierro martilleaba la mano del

segundo de los monjes elegidos, quebrando sus huesos con un chasquido horripilante, que le hizo aullar de dolor, soltando su arma, y envolviéndose la mano inmediatamente en un baño rojo goteante, le vi correr al incendiado Hermano del Espíritu, calle abajo, tratando en vano de apagar el fuego que hacía presa en él.

A la luz de su resplandor anaranjado y dramático, las figuras fantasmales de los purpurados y siniestros seres monacales cobraron una dimensión alucinante, alargándose sus sombras en los fríos muros silenciosos de la urbe. Vacilaron, sin saber qué hacer. Acaso hubiesen vuelto a cargar sobre mí si, en ese momento, no hubiera crepitado un arma automática, no lejos de allí.

Un monje exhaló un alarido, otro dio volteretas, llevándose las manos al vientre, donde algunos orificios dejaban escapar burbujas en ebullición, que convertían en escarlata la púrpura sombría de sus ropas ascéticas.

Eso marcó la desbandada. Como auténticos espectros, los encapuchados religiosos se dispersaron, algunos abandonando sus medievales armas en el terreno de la lucha. Les vi perderse por las calles adyacentes, perseguidos por balas que rebotaban con agrio impacto en los muros y esquinas, sin alcanzarles ya.

Me volví despacio, sintiendo que la sangre de mis profundos rasguños seguía mojando mis ropas. Me causó alivio ver los faros del vehículo de motor eléctrico que venía hacia mí. Por una ventanilla, un agente uniformado de la Patrulla Especial de Seguridad Científica hacía funcionar su pistola ametralladora sobre los fugitivos.

Delante, al volante, reconocí la sobria expresión de su conductor, el doctor Frye Zucco. A su lado iba un funcionario del Centro de la Salud.

Se detuvieron cerca de mí, con un suave deslizar de los neumáticos elásticos. La voz del doctor Zucco me preguntó, tensa:

—Dreyer, ¿se encuentra bien?

—Creo… creo que sí, doctor —afirmé roncamente—. Todavía sí…

* * *

Tor Varno, delegado del Gobierno, nos contempló ceñudo, paseando por la amplia estancia del Centro de la Salud Nacional.

Pareció escoger las palabras que quería pronunciar, pero cuando habló, su frase no tuvo nada de especial ni fuera de lo común:

—¿Qué es lo que ocurre aquí exactamente? —se interesó, seco.

El doctor Zucco cambió una ojeada conmigo. Luego, se encogió de hombros.

—Una especial tirantez Iglesia-Estado, señor —informó—. Usted debe estar enterado de eso.

—Eso no lo explica todo. Existen esas disensiones hace tiempo. Pero nunca hubo violencias ni asesinatos en las calles.

—No toda la Iglesia está formada, afortunadamente, por los Hermanos del Espíritu —suspiró Zucco—. Son una secta fanática. Unos monjes muy especiales. Su postulado es que el Bien del alma debe defenderse contra el materialismo aun a base de la violencia, con la muerte de los enemigos del Espíritu, si ello es preciso.

—¿Y qué mosca les ha picado ahora a esos fanáticos? —se irritó Tor Varno.

—Es la noticia del hallazgo de la droga, la HL II —dije, seco—. Eso lo ha alterado bruscamente todo. Y como vieron, *demasiado* bruscamente.

—Es cierto —convino, sombrío, el doctor Frye Zucco—. Cuando intentamos comunicar con las patrullas de servicio, sin lograrlo, y alguien nos informó de que había dos vehículos policiales estrellados en la avenida, avisamos a la Guardia de Seguridad del Centro, y acudimos lo antes posible.

—Llegaron muy a tiempo —sonreí, pensativo—. De otro modo, ahora estaría con esos pobres policías sacrificados…

—Se portó usted bien. Muy bien —me elogió, con aspereza, el delegado del Gobierno—. Debo felicitarle, señor Dreyer. No todo el mundo hubiera sido capaz de semejante reacción ante un peligro así.

—Nunca he sido un héroe —rechacé, con acritud—. Creo que todo hombre puede parecer valiente justo cuando más miedo tiene, señor.

—De cualquier modo, informaré al Gobierno de su actitud de esta noche —habló Tor Varno, como quien da por zanjada una cuestión sin que nadie pueda rebatir su punto de vista personal. Y agregó—: En cuanto a lo sucedido, doctor Zucco, voy a dar órdenes

severísimas. Los Hermanos del Espíritu deberán ser castigados y perseguidos, acusados de rebelión y homicidio.

—Me temo que eso no sea tan fácil, señor —repuso, modestamente, Zucco.

—¿No? —el delegado del Gobierno enarcó las cejas, molesto—. ¿Por qué?

—Verá, señor... Existe un convenio oficial entre la Iglesia y el Estado que ninguna de ambas partes puede violar en su esencia. Será precisa una reunión de altos representantes de ambos organismos para que se pueda dictar una orden especial que rompa el acuerdo, o bien denunciar por ambos lados o unilateralmente el convenio vigente.

—Se hará, sea del modo que sea —afirmó abruptamente Varno —. Esa secta ha quebrantado todo convenio civilizado existente. Las altas jerarquías eclesiásticas deberán admitir tal cosa, sin lugar a dudas.

—Claro que lo admitirán —suspiró el doctor Zucco—. Pero antes de que todo eso pueda hacerse oficialmente, cumpliendo todos los requisitos legales establecidos, habrán transcurrido varias semanas. Y usted sabe la urgencia de lo que tenemos entre manos..., que ya no puede esperar absolutamente nada ni a nadie..., o la dosis de la droga HL II, ya en el Centro de la Salud perderían vigencia y serían inútiles, puesto que deben ser administradas en la fecha fijada previamente por los laboratorios que la prepararon.

—Sea del modo que sea, se hará. Y lo antes posible —afirmó Varno—. Pero eso no alterará en absoluto el «Plan Lázarus». Está decidido, usted lo sabe. No caben aplazamientos, que serían funestos para todos. Por eso le hemos citado aquí, señor Dreyer. Usted sabe bien de qué se trata.

—Sí —afirmé gravemente—. Lo sé.

Hubo un profundo silencio en el gabinete de reuniones del Centro de la Salud Nacional. Todos sabíamos que el momento era solemne. No todos pensábamos igual sobre él y sus consecuencias, eso era evidente. Pero nos dábamos cuenta de su trascendencia. Para bien... o para mal.

El doctor Frye Zucco estudió en reflexivo silencio mis ostensibles heridas de la piel, rasgada por las púas de hierro, bajo los jirones de mis ropas destrozadas. Parecía preocupado por ello y por muchas cosas más. Sin embargo, cuando habló, no hizo la menor alusión a

todo ello.

—Se hará todo conforme al programa previsto, señor —dijo—. Esta noche, ¿no es cierto?

—Sí —convino Tor Varno—. Esta noche.

—¿Esta noche? —salté yo, aturdido—. No, no es posible. Tan pronto...

—Tan pronto, sí —confirmó Varno—. Deberíamos sentirnos todos orgullosos, Dreyer. Hemos sido elegidos. El Consejo Mundial resolvió. Nuestro país es el más avanzado clínicamente. Por tanto, la experiencia se realizará aquí. Hoy. Dentro de tres horas.

—¡Tres horas! —me horroricé. Consulté mi reloj—. A medianoche...

—Quizá le parezca inquietante, el hecho —convino Varno—. A medianoche se levantan los difuntos. A medianoche llegan los del Más Allá. No tiene nada que ver con nuestro asunto. Es cuestión científica: horas de duración de los efectos idóneos de la droga y todo eso. Oficialmente, la experiencia se inicia mañana. El día de mañana se inicia a las veinticuatro horas del día de hoy. De modo que está decidido.

—Es muy pronto, señor...

—Claro. Muy pronto —sonrió, encogiéndose de hombros—. A usted le parecerá algo tremendo, revolucionario. Sin embargo, está perfectamente programado. No puede haber fallos, si se realiza todo sistemática, ordenadamente.

—¿Cree que los Hermanos del Espíritu estarán de acuerdo en eso? —dudé.

—Olvídese de esos malditos locos. No saben lo que dicen. Ni siquiera lo que hacen. El progreso no puede detenerse. O aún estaríamos en el Medioevo.

—Ellos aún siguen allí —comenté, con aspereza—. Nos quemarían en una hoguera, como a Miguel Servet o a Juana de Arco. O al obispo de Loudon.

—Esta vez no podrán con nosotros. Estamos por encima de sus demencias, Dreyer.

—¿Seguro? —dudé.

—¡Seguro! —afirmó. Y quizá para convencernos nosotros, y de paso convencerse un poco a sí mismo pegó un mazazo con su puño en una mesa de tablero cristalino, quebrándola sin miramientos—. Escuche esto, Dreyer. Ningún Gobierno va a dar marcha atrás por el simple hecho de que un puñado de dementes fanatizados se opongan al avance de la ciencia. Pero lo que le aseguro es que esta misma noche comenzaremos la «Operación Lázarus». Está decidido. El propio Presidente ha firmado ya el decreto. Las Naciones Unidas esperan un comunicado urgente con el resultado del experimento. La Academia de Ciencias está en vela, a la espera de ese mismo fin. El mundo entero pende ahora de nosotros, Dreyer.

—Empezó todo en un laboratorio —dije, sombrío— Vamos a pasar, casi sin transición, a un plano muy superior: el mundo, la vida, la sociedad humana. ¿Será adecuado el procedimiento? ¿No será aún... demasiado pronto?

—El Gobierno ha dicho que es el momento. El Presidente lo ha confirmado. ¿Qué más espera, Dreyer?

—Perdone, señor —dije, con sequedad—. No es obra de un Gobierno decidir ciertas cosas. No se controla por simple decreto la vida ni la muerte.

—Esas palabras, en otro momento y en labios de otra persona, serían realmente subversivas, amigo Dreyer —rió, de buen humor, Tor Varno—. Olvidaré que las dijo, dada la trascendencia del momento, y su propio papel, como hombre encargado de todos los trámites burocráticos del momento. Ocúpese de todo. Es su misión, como jefe de sección en servicio.

—Su esposa falleció y fue... enviada hoy a su última morada —le recordó, con un carraspeo, el doctor Zucco.

—Lo sé —puso su mano sobre mi hombro el delegado del Gobierno, con aire conmiserativo—. Créame, hijo. Lo siento de veras. Pero no mire eso como una tragedia irremediable. Antes lo hubiera sido. Ahora sabe bien que no. Incluso le concederemos un trato de favor, dado su caso y su condición de miembro del Centro de la Salud Nacional. Como premio a su colaboración en momentos tan trascendentes..., será autorizado a disponer de UNA SOLA de las dosis de la droga HL II. ¿Sabe lo que eso significa?

—Sí, señor —afirmé, bajando la cabeza—. Lo sé.

—¿Qué? No parece muy feliz con la idea... —Tor Varno hizo un gesto de perplejidad. Luego, soltó una carcajada, muy a destiempo—.

Oh, no me diga que usted y su esposa… no se llevaban demasiado bien…

Le miré fríamente. El doctor Zucco puso un gesto que daba la impresión de que deseara hundirse bajo toneladas de tierra en ese mismo momento.

—Nos amábamos, señor —dije—. No hacía un año que nos casamos.

—¿Entonces…? No comprendo.

—Señor, para mí, mi esposa ha muerto —le miré, fijo, sombrío, casi acusador—. *Ha muerto*, ¿entiende? Todo lo que ocurra luego… ya no tendrá sentido. No será natural. Ni razonable. Ni cambiará las cosas. Elma, mi mujer…, seguirá siendo una mujer muerta.

—¿Incluso… incluso con la droga HL II en sus venas? —dudó Tor Varno, sorprendido, casi irritado.

—Soy un funcionario de este centro, señor —le recordé—. Haré mi trabajo como el más eficiente de los empleados. Eso es una cosa. Mi esposa es otra. No acepto esa droga, señor. No deseo privilegios. Si la ley me obliga, mi esposa recibirá su dosis cuando sea el momento adecuado. Pero para mí, cuando ella *vuelva*… seguirá siendo la misma que es ahora: una difunta. Un cadáver querido. Y nada más.

Tor Varno se sintió molesto. Incluso furioso. Me miró con ojos centelleantes.

—Roy Dreyer, esas palabras suyas de ahora SI que son subversivas —dijo, con indignación—. Está… ¡está casi opinando lo mismo que esos malditos monjes chiflados y asesinos!

—Tal vez no sea lo mismo. Existen matices de criterio, señor —dije, humilde—. Pero para mí, nada ni nadie resucitará jamás a la esposa que yo perdí. Siempre me he preguntado: ¿*Cómo* serían ellos si volvieran? ¿Cómo pensarían y reaccionarían… *después* de conocer la Muerte?

El delegado del Gobierno resopló, iracundo. Se dominó con dificultades. Y ni siquiera se dignó responderme. En vez de ello, se inclinó sobre un interfono. Pulsó con rabia una tecla roja, e informó:

—Señores, aquí el Centro de la Salud Nacional. Informa Tor Varno, en nombre del Gobierno del país. Empieza en este momento la «Operación Lázarus», fase experimental uno. Son las nueve y tres minutos de la noche. A las doce en punto, la primera persona difunta,

elegida por sorteo previo, será RESUCITADA mediante la droga Human Life Two, o HL II. Esta es la etapa cero, y consiste en UNA SOLA persona resucitada en el CWI o Cryonic World Institute. Seguirá, a la semana, la etapa primera, con diez resucitados. Al mes siguiente serán cien los que resuciten, mediante la droga HL II, en la segunda etapa. La tercera abarcará a personas de ambos sexos, con mil cuerpos vueltos a la vida en el plazo de un año. A los dos años serán cien mil los que resuciten, por riguroso turno. A los cinco años, un millón. Y a los diez años, el resto de los seres congelados en Hibernópolis. El sorteo ha decidido que esta noche, a las doce en punto, la primera resurrección de los muertos en estado de hibernación que pueden volver a la vida, curadas sus enfermedades todas, y dotados de una longevidad y vitalidad máximas, sea… una mujer.

—¡Una mujer! —susurré, sorprendido.

Miré con perplejidad al doctor Zucco, que afirmó, muy serio:

—Sí, Dreyer. Una mujer…

—Esa mujer —remachó, con voz fría, Tor Varno, siempre hablando por el interfono— será la llamada… Sybille Wolfe. Una bella muchacha de veinte años, muerta en plena juventud y vitalidad aparente, víctima de una dolencia entonces incurable…

CAPITULO III

—Sybille... ¡Tú hermana!

—Sí, Roy. Mi hermana. Y te aseguro que no ha habido influencia alguna en ello, ni el menor trato de favor. Sencillamente, el sorteo la favoreció.

—¿La... favoreció? ¿Tú crees eso, Velda?

Velda Wolfe me miró largamente, desde la larga mesa blanca de su laboratorio. Suspiró, con la congoja en sus ojos verde oscuros. Las luces verticales, azuladas y frías, jugueteaban con el matiz platinado de su cabello corto y cuidado, como seda color plata. Negó, de forma inesperada:

—No, Roy —dijo—. No creo que la favorezcan. Ni a mí. Ni a nadie. Pero le tocó a ella.

—Dios... —gemí—. Y lo dices así. Tan tranquila, tan calmada. Perdiste a tu hermana hace cuatro años. Vas a volver a tenerla junto a ti, llena de vida. ¡Y aunque la idea no te guste... la aceptas!

—¿Qué otra cosa puedo hacer? —sonrió amargamente—. Incluso he colaborado en la «Operación Lázarus». Una siempre piensa que es una labor colectiva, un bien que abarca a millones. No puedo pensar que un ser querido... va a ser... el primero.

—¿Sientes angustia, Velda?

—No, Roy. Es raro, pero... siento miedo.

—¿Miedo? —enarqué las cejas. Me acerqué a ella— ¿De tu propia hermana?

—No, claro que no. Es un miedo intangible, algo que no se explica. Soy doctora en medicina, soy química, trabajo para la salud mundial. Estaba entusiasmada con la idea. Cuando supe que, más que un sueño empezaba a ser una posible realidad, comencé a preocuparme. Al oír a Wasserman, Hornig y Leskov en la televisión, temblé, y no de emoción solamente. Me dije si valía la pena, si era justo, si teníamos derecho a...

—Alguien diría que todo eso es ridículo, incluso sensiblero, falto

de base científica y humana...

—Digan lo que digan, es lo que sentí. Ya sé que es una resurrección especial. Que la gente hace muchos muchísimos años que, en realidad, no muere del todo. La ley autoriza una especie de monstruosa eutanasia consistente en inyectarles un suero que paraliza su existencia física, justo en la agonía, cuando los médicos consideran que no hay solución posible... —paseó por el largo, aséptico, blanco laboratorio, iluminado de suave azul—. Luego, llega el Instituto de Crionización y los congela, embalándolos rumbo a su desconocida Ciudad de los Muertos, la fabulosa e ignorada Hibernópolis, que nadie sabemos realmente dónde puede estar situada. Es el nuevo Valle de los Reyes, sólo que... sin reyes. Momias sin embalsamar, esperando una resurrección hipotética hasta hoy, en este mismo mundo que abandonaron. De repente, Roy, unos científicos geniales descubren el remedio contra las enfermedades incurables. Lo aplican a un procedimiento de longevidad y rejuvenecimiento de tejidos. Unido todo eso a la droga de descongelación, crean la maravilla de nuestro siglo: la HL II. La Segunda Vida Humana, en suma. Sé que nadie se levantará de su tumba medio corrompido, putrefacto o lleno de carcoma y de pus en su cuerpo... Sé que todo es científico, frío, aséptico, clínico y aparentemente perfecto. De una helada belleza médica. Volverán a vivir, tal como eran, tal como tú conociste a tu esposa y yo a mi hermana. Pero, insisto, Roy... ¿Serán ellas, realmente? ¿Qué huella habrá dejado en sus mentes, en su espíritu... el haber permanecido en el Reino de la Muerte?

—Lázaro... —recordé, con una mueca irónica—. Ni tan siquiera los textos bíblicos mencionan nada sobre él, tras su resurrección. Acaso habló de ello, o acaso no. Acaso mereció la pena que viviera otra vez, como sus hermanas pidieron al Nazareno... o quizá no. No sé, Velda. Tú eres una mujer dedicada a la Ciencia, y tienes miedo. Yo soy un hombre dedicado a la burocracia y... siento pánico. ¿Significa algo... o estamos equivocados ambos?

—Dios quiera que lo estemos, Roy —suspiró Velda. Entornó sus verdes ojos. Inclinó la cabeza platinada. La vi temblar, quizá por primera vez desde que éramos compañeros en las tareas médico-científicas del Centro de la Salud Nacional. Y añadió—: Porque dentro de sólo dos horas..., Sybille, mi hermana..., volverá a la vida. Estará de nuevo entre nosotros... después de cuatro años de permanecer muerta.

—Sí —afirmé, tensa mi voz—. Y... ¿qué sucederá entonces con tu marido, Velda? ¿Qué pensará Sybille dé que el hombre que fue su esposo... sea ahora el de su hermana?

Velda me miró. No sé lo que vi en el destello de sus verdes ojos oscuros, pero me dio aprensión.

—No lo sé, Roy —musitó—. Ella misma responderá a esa pregunta… cuando vuelva a vivir.

Y se alejó hacia el interior del laboratorio.

* * *

El primer «envío» llegó a las once y diez minutos de la noche.

Eran puntuales. Silenciosos empleados de uniforme plateado, que yo conocía muy bien, depositaron el embalaje en la Cámara D., en el Pabellón Esterilizado de nuestro Centro de la Salud. Una zona aislada, a prueba de cualquier tipo de virus o bacterias, totalmente construida en plástico aséptico, y dotada de toda clase de purificadores y de filtros supersensibles a los gérmenes exteriores de la atmósfera.

Fuimos vestidos con uniformes plásticos, de un blanco deslumbrante, y dotados de mascarillas, guantes y botas del mismo material, con un visor frontal para el rostro, en materia transparente, cristalina y límpida.

Se nos aplicó una placa de control en el pecho, también esterilizada por completo, con unas cifras de identificación, y el propio doctor Zucco ordenó que se cerrasen herméticamente las puertas.

Un sistema electrónico automatizado las cerró y precintó mecánicamente, sin intervención manual alguna. Nadie podía abrir ni cerrar de nuevo esas puertas ahora, al menos en un plazo de cuatro horas, que eran las fijadas para la etapa inicial del experimento. Cuando oí el susurrante ajuste de las láminas de plástico metalizado, y percibí el zumbido del cierre electrónico al ajustarse, sentí la irrefrenable y angustiosa impresión de que nos enterrábamos en vida, en una especie nueva y alucinante de túmulo funerario, de cripta digna de los tiempos faraónicos.

Y, sin embargo, nada más alejado de esa tétrica realidad que el lugar en que nos hallábamos reunidos ahora. Luminoso, limpio, moderno, frío y aséptico hasta la perfección total. Dotado de un clima ideal, con aire acondicionado y renovado constantemente…

A pesar de todo ello, la impresión subsistió. Y creció de punto cuando habló Tor Varno, el delegado del Gobierno, con indumentaria

plástica idéntica a la mía, a la del doctor Zucco y la de dos de los expertos en Biología del Centro, que eran nuestros ayudantes en la increíble ceremonia clínica que iba a tener lugar en escasos minutos.

Las palabras de Varno fueron sencillas, pero me sonaron a sentencia mortuoria:

—Vamos, caballeros. Entremos en la Cámara D.

Me estremecí. La Cámara D...

Allí estaba «ella». La elegida. La afortunada (?) en el sorteo inaudito de una vida humana concedida al azar.

Sybille Wolfe, precisamente.

Entorné los ojos al avanzar, como un helado espectro acompañado de otros en un aquelarre esterilizado y aséptico hasta la irritación, camino de la Cámara D. Evoqué a Sybille como había sido antes.

Antes de morir de cáncer...

Un cáncer incurable que extinguió su vida en sólo unas semanas. Ella también se plegó al «sistema». Aceptó la crionización. Y no se le podía culpar de ello. Entonces aún no era ley que un difunto fuese congelado segundos antes de ser clínicamente cadáver. Sybille aceptó por sí misma. Voluntariamente, como tantos otros

Pobre Sybille...

* * *

—Pobre Sybille...

Ella ya no nos podía oír. Y, sin embargo, yo sabía que Velda, su cuñado y yo, éramos observados por aquellos ojos opacos, por aquella criatura en estado de coma que era por entonces Sybille Wolfe, de casada Sybille Tuska.

Y quizá sin oírnos, sabía lo que estábamos diciendo porque la oí musitar con voz muy débil:

—Es..., es una esperanza... La esperanza de volver a la vida... Amo tanto vivir, estar entre aquellos a quienes quiero... Dyan, tú... tú

lo entiendes, ¿verdad?

Y Dyan Tuska, su esposo, inclinó la cabeza, asintió y dijo sombríamente:

—Sí. Yo... yo lo entiendo, querida —y se acercó a ella, para acariciar sus hermosos cabellos color de miel.

Velda y yo nos miramos. Ella estaba llorando por su hermana que agonizaba. Afuera, se detenía ya uno de aquellos malditos vehículos. Una furgoneta plateada. Los empleados subirían pronto, a aplicar la inyección a Sybilla. Después de eso, el sopor de la muerte en hibernación no tardaría en presentarse. Una vez muerta clínicamente, le aplicarían la solución que impedía la congelación sanguínea, y todos los demás elementos apropiados al caso. Sybille sería otro cuerpo en estado de congelación temporal, camino de Hibernópolis. La CWI lo hacía todo bien, muy bien. Fría, aséptica, eficaz y diestramente. Era su trabajo. Y de ese trabajo dependían no sólo las locas esperanzas de una Humanidad esforzándose por vencer a la Muerte, sino el poder económico y social de aquella colosal institución dedicada, en exclusiva, mundial, en un auténtico monopolio monstruoso, a la hibernación de TODOS los seres humanos.

Sybille no tardó en morir. Al menos, en morir *casi* del todo... Los silenciosos y eficientes funcionarios del Cryonio World Institute, cumplieron su tarea como siempre. Y ella, tras su corta y trémula despedida, nos dejó para siempre..., pero con la creencia de volver:

—Dyan, amor... Velda, querida... Roy, amigo mío... Adiós a todos. Adiós... Espero que nos veamos... de nuevo... algún día...

Sonrió. Cerró los ojos. No volvió a abrirlos.

Cuando menos, era un modo dulce de morir. Pero no lo envidié. Velda estalló en sollozos. Dyan la confortó, afectuosamente. Por entonces, no pude pensar en la posibilidad de que Dyan olvidase tan pronto... y se casara justamente con la hermana de su esposa muerta.

Para él, como para todos, la resurrección prometida era aún pura utopía.

Pero a veces, las utopías vuelven. Aunque no estaba seguro de si todo aquello era utópico o ucrónico.

* * *

«Espero que nos veamos de nuevo... algún día»...

Era terrible pensarlo *ahora*. Allí, en la Cámara D. Rodeando el cuerpo sin vida de Sybille Wolfe, dentro de su recipiente plateado, de aluminio hermético, dotado de indicadores, de esferas graduadas que señalaban el frío y grado de sequedad interior, las condiciones idóneas para la perfecta conservación del cuerpo humano.

Ni un daño, ni un deterioro. Nada. Cuando menos, el tono satisfecho del doctor Zucco, al tomar nota de los datos de la envoltura metálica y transmitirlos a un computador, dieron esa impresión:

—Todo correcto. Los de la crionización saben hacer estas cosas...

El computador lo confirmó minuciosamente. Las cifras eran correctas. El cuerpo debía de conservarse perfectamente.

Sí. Los de la crionización humana sabían hacer cosas así. ¿Cómo no iban a hacerlo, si de ello dependía su riqueza, su poder, su hegemonía universal?

Actualmente, políticos, ministros, grandes financieros, magnates e industriales, eran accionistas, más o menos secretos, del CWI. Pueblos, razas, países, gentes de todas partes, eran obligadas por sus leyes a gastarse el dinero de sus ahorros en esa cryonización, tan obligada como pudo serlo la momificación para la vida eterna de los egipcios.

El CWI tenía sucursales y oficinas en todas partes, aunque se centralizasen sus vastos alucinantes «cementerios» de cuerpos congelados en esa mítica e ignorada zona llamada Hibernópolis, de cuyo emplazamiento nadie sabía nada.

En cada país, importantes y destacados miembros de la política, la sociedad y las finanzas, tenían participación en los colosales beneficios de la ingente institución. De ese modo, ¿quién iba a protestar o revolverse contra la ley dictada? ¿Qué Gobierno, directamente interesado en el sistema de crionización, que absorbía la mayor parte de los ingresos de un ser humano durante su vida adulta, iba a negarse a colaborar en su propio y gran negocio?

Era todo eso lo que me repugnaba, lo que me daba asco. Se estaba comerciando con los humanos, con su vida y su muerte. Lo que pudiera ser un gran logro de la Ciencia... era una industria perfecta, un monopolio vergonzoso y tiránico.

Por eso me repetí, para mis adentros, cuando me incliné sobre el estuche metálico que contenía aquel cuerpo en proceso de retorno a la vida:

—Pobre Sybille…

Luego, el doctor Zucco accionó un resorte. Tor Varno, en nombre de su Gobierno, otro, que abría el extraño y helado féretro llegado sigilosamente de Hibernópolis…

Me incliné, para ver a Sybille, con un escalofrío.

CAPITULO IV

Todavía no.

Ella no estaba visible. Sólo el papel metálico que la envolvía cuidadosamente, entre nubes de hielo seco. El vaho gélido pareció penetrar mi hermética indumentaria, aunque eso era imposible. El frío llegó a mi corazón, como una ráfaga polar.

Luego, las manos cuidadosas del doctor Zucco empezaron a desprender el rugoso papel de aluminio.

Lo primero que vi, fue el rostro de Sybille. Me eché atrás, impresionado.

Era increíble. Como si nada hubiera sucedido. Como si el tiempo no hubiese transcurrido para nada, y cuatro o cinco años fuesen solamente un segundo.

Ella, Sybille Wolfe... Idéntica. Igual a como la vi el último día de su vida. Con aquella misma sombra de sonrisa. Con aquellas ojeras suavemente oscuras, rodeando sus párpados... Con los cabellos color de miel, con la faz pálida y suave...

—Perfecto —suspiró la voz de Varno, a través de mi sistema de intercomunicación, en aquel atavío que recordaba a los astronautas—. Doctor Varno, la droga...

—Sí, en seguida —afirmó Varno.

Tenía el inyectable en su mano. Formaba un solo cuerpo la ampolla, la jeringuilla y la aguja, dentro de una aséptica, esterilizada envoltura plástica, que él quebró por un lado, extrayendo la pieza, dentro de la cual un líquido rosado, no muy abundante, esperaba ser inyectado a la difunta.

La droga milagrosa. Varias drogas en una, para ser exactos. La HL II, o Vida Humana 2. El antídoto de cáncer incurable, el vitalizador humano, regenerador de tejidos y vísceras, el prolongador de la vida humana y de la juventud del físico, de la mente...

Cerré los ojos cuando inyectó Zucco. Era tremendo imaginar que nos estábamos atribuyendo el papel de señores de la Vida y de la Muerte. De dioses, más que de hombres. Estábamos penetrando en un

terreno prohibido desde el principio de los tiempos. La Ciencia había logrado el prodigio. Pero, ¿era válido hacerlo? ¿Teníamos derecho a ello?

No, no había respuesta. No aún.

—¡Mire, doctor!

La voz de Tor Varno restalló con asombro y admiración en la Cámara D. Yo abrí los ojos, cuando ya respondía apaciblemente Zucco:

—Sí. Es lo previsto. Ella… está volviendo a la vida.

Miré a Sybille. Y era verdad.

* * *

Me enjugué el sudor, pesadamente. Respiré hondo. Apuré un trago de café, en silencio. Frente a mí, la lívida luz de la pantalla del computador, iba transmitiendo datos y más datos: presión sanguínea, temperatura, reacciones biológicas, y toda una serie de precisiones que un ayudante nuestro comprobaba de modo constante.

—¿Impresionado, Dreyer?

Me volví. Miré al doctor Zucco. Aparecía cansado, pálido y macilento. También tomaba café con aire abstraído, paseando por la blanca estancia bajo la fría luz del techo.

—¿Usted qué cree? —susurré.

—Tiene razón para sentirse extraño —convino él—. Todos nos sentimos igual. Pero resultó, que era lo importante.

—Resultó, sí…—dije entre dientes—. Ahora, ella está con nosotros. Viva.

—Y no sólo eso. Mire —me señaló una columna de datos en la pantalla del computador—. El análisis de sangre da un resultado negativo. No hay cáncer. Se curó, Dreyer.

—Un mundo feliz empieza, doctor Zucco —suspiré—. Larga vida, larga juventud, sin enfermedades, sin muertes apenas… ¿Qué más podemos pedir?

—No parece muy feliz por ello.

—¿Debo estarlo, doctor?

—Todos deberíamos estarlo. Es el fin del sufrimiento humano, del dolor, de la pérdida de vidas. Luchamos durante años contra ello. No vamos a volvernos atrás ahora por un tonto sentido de conservadurismo, de temor a nuestras propias fuerzas...

—Es su modo de pensar, doctor, no el mío.

—¿Es que usted también se une a esos monjes del diablo que pululan por ahí afuera, clamando contra progreso y la Ciencia?

—No me uno a nadie. Tengo mi propia mente para pensar —dije con acritud.

—Pues está equivocado, no le quepa duda —se irritó el doctor —. Sybille Wolfe es sólo el principio de una nueva y maravillosa era médica, Dreyer. Le guste a usted o no, se ha vencido a la muerte y a la enfermedad. Esa muchacha permanecerá aquí una semana en observación minuciosa. Justo una semana, si todo va bien. El tiempo que tardaremos en dar paso, tras esta Etapa Cero o Experimental, a la Etapa Uno propiamente dicho con diez resurrecciones simultáneas, tras confirmar el éxito de la primera. Luego, en un mes, serán cien. Más tarde mil... No le quepa duda, amigo mío. Aparte de su cabeza ideas ridículas, prejuicios y ñoñerías, y piense como miembro que es del Centro de la Salud Nacional. Esta es la obra del hombre. Y, como tal, nuestro mayor motivo de orgullo y satisfacción.

—Espere aún, doctor. Es el primer día, la primera persona que vuelve a la vida. Espere un poco más para cantar victoria.

—¿Qué pretende decirme con eso? —frunció el ceño él.

—Nada. Sólo que deseo fervorosamente que más tarde puedan repetirse los parabienes. Otra cosa sería... demasiado horrible.

Tiré mi vaso de cartón, vacío ya de café, y salí de la estancia, dejando al irritado doctor Zucco frente a sus computadoras y datos sobre el estado de Sybille Wolfe, el primer ser humano resucitado oficialmente por la ciencia.

Sybille Wolfe, la primera criatura que volvió del frío, de la Muerte...

* * *

Mi permiso por el fallecimiento de Elma duró cinco días.

Los pasé en una residencia de campo, lejos de la urbe. Lejos de todo y de todos.

Solamente leí, escuché música grabada y descansé, bajo la acción de sedantes. Era todo lo que mi cuerpo y mi mente necesitaban.

Muchas veces me asaltó el recuerdo de Sybille Wolfe y de todo lo demás, pero procuré ahuyentarlo. Quizá por ello mismo abusé un poco de los sedantes. Y dormí más de la cuenta.

Al quinto día, me encontraba torpe, lento de reflejos, pesado y somnoliento. Vencí todo eso con un poco de licor y una buena comida, con una dosis de vitaminas adecuadas. Me sentí mejor después, y preparé todo para el regreso a la ciudad.

Por el camino, me pregunté cómo irían las cosas en la capital. Cómo funcionaría el llamado «Proyecto Lázarus». Mi vehículo oficial, con las iniciales de la OMS y el distintivo del National Health Center, o NHC, como era conocido para abreviar nuestro Centro Nacional de la Salud, era rápido y seguro. En sólo una hora y media, vislumbré ya los altos edificios y los accesos al centro urbano.

En uno de ellos, una mujer joven tenía problemas con su propio vehículo, que aparecía aparcado junto a la cuneta, mientras ella revisaba su motor eléctrico, en busca de algo. Me hizo un gesto con el brazo y me detuve, galantemente.

—¿Le ocurre algo? —indagué.

—Me temo que sí —sonrió ella, apurada—. No quiere ponerse en marcha. Y debo llegar antes de una hora a mi destino.

—Espere —dije—. Examinaré ese coche, por si tiene arreglo. Si no, la llevaré adonde desee, para que no llegue tarde.

—Gracias —suspiró ella, con gesto de alivio—. Es muy amable... Pero va a ser una molestia para usted.

—No será ninguna molestia —aseguré—. Veamos...

Bajé de mi coche. Me incliné sobre su motor abierto para ayudarla. Estaba cayendo la tarde, y brillaban ya luces, en la autopista y en los edificios urbanos, muy próximos.

Fue todo un tremendo error, pero yo no podía sospechar nada.

Apenas me agaché, dejando tras de mí a la dama en apuros, ocurrió aquello.

Algo me golpeó brutalmente en la nuca. Quise revolverme, luchar, pero mi cerebro fue un mar de confusiones, mis ojos se

deslumbraron ante el estallido de mil luces… y no supe más.

* * *

Brillaba ante mis ojos.

Una luz. Una sola. Roja, anaranjada, centelleante Eran llamas. Bailoteaban. Sí, llamas. En forma de cruz.

Una cruz en aspa, en forma de equis…

Me sobresalté. Sabía lo que eso significaba. Intenté incorporarme violentamente, con repentino terror. No lo logré.

Estaba sujeto. Atado. Fuertemente atado, además. A una superficie, quizá una mesa. O un altar.

Se aclararon las imágenes ante mí. Pude ver mejor, cuando la neblina que deformaba las cosas en mis retinas, se disipó. Sí. Era un altar.

El altar de los Hermanos del Espíritu…

Y yo era su prisionero.

Las cosas no estaban claras para mí, pero era evidente que me habían capturado. Evoqué el incidente en la autopista. La dama en apuros, el coche parado…

—Una farsa —mascullé—. Todo mentira…

—Sí, Roy Dreyer —dijo una voz—. Todo mentira.

Giré la cabeza. Era una de las pocas cosas que me estaba permitido hacer. Vislumbré el coro monacal de hombres de caperuza, emitiendo susurros, oraciones acaso, allá al fondo, en un claustro del oscuro templo en que me hallaba. Delante de mí, uno de los monjes de púrpura, indudablemente con autoridad, se inclinaba clavando en mí sus ojos centelleantes. No me era dado ver gran cosa más de su rostro, dado que la caperuza lo envolvía en sombras. Tenía las manos hundidas en sus amplias mangas.

—¿Qué pretenden? ¿Cómo saben mi nombre?

—Tus documentos —dijo el Hermano—. Eres un miembro del Centro de la Salud Nacional. Uno de «ellos», de esos malditos que olvidaron el derecho de los hombres a morir y descansar eternamente en la paz del Señor… ¡Eres un hereje y un blasfemo, Roy Dreyer por ayudar a tu gente a luchar contra aquello que esta prohibido!

—Mi opinión no cuenta en esas cosas —le repliqué— Puedo estar de acuerdo o no con lo que están haciendo, pero me debo a una obediencia y una disciplina, como funcionario que vive de ellos. Además, yo no soy nadie para oponerme. Sólo un funcionario más.

—Todos formáis un monstruo de millones de cabezas, hombre nefasto —me acusó el monje. Y su mano emergiendo, me señaló, con rígido dedo huesudo—. El Espíritu clama por su derecho a ser libre y no esta sujeto a un sistema, a un negocio, a una ciencia que no sabe nada del alma y que se rebela contra las leyes del Señor!

—Dios hizo inteligente al hombre —le recordé—. Y su inteligencia le hizo dominar la ciencia, como ahora la ciencia domina la Vida y la Muerte. Todo es justo si se hace con justicia.

—¡Los muertos no piden volver! —rugió el monje frenético.

—Pero destinan sus ahorros a ser congelados para sobrevivir. Eso quizá sea lo injusto. Pagaron por algo que ya es posible. Ellos fueron los que pudieron volver aunque no te guste la idea, Hermano.

—Lo pidieron cuando vivían, pero, ¿qué pensarían ahora, si se les pidiera opinión? ¿Qué derecho tenéis vosotros, monstruos de la ciencia, para resucitar a nadie, cuando su alma ya ha emprendido el eterno viaje?

—No soy un teólogo, Hermano —rechacé, con un suspiro. Me agité en mis ligaduras—. No sé lo que es válido y lo que no, desde el punto de vista moral. Pero sólo os digo algo: soltadme, y dejaos de discutir con-migo. Buscad a otros de más poder y autoridad.

—Buscaremos a todos..., uno por uno —rió la voz del fanático—. Tú no eres sino uno más, hombre nefasto... ¡Igual que encontramos al doctor Zucco, te hemos encontrado a ti! E igual que él, caíste en la trampa tendida por una de nuestras fieles siervas, por una mujer creyente y pura de ideas.

—Zucco... —me estremecí—. ¿Qué... qué pretendéis exactamente? ¿Dónde está él ahora?

—¿El doctor Zucco? —El monje soltó una carcajada que no me gustó. Se agitó su vientre bajo el hábito púrpura, y tintinearon con lúgubre tono los huesos humanos de su cinturón—. Muerto, Dreyer... ¡*Muerto*!

—Oh, no, ¡no! —me horroricé—. No pudisteis hacer semejante monstruosidad...

—Se hizo, porque así lo señala nuestra fe. La maldad del hombre se extirpará por la violencia y la destrucción, únicos medios de persuasión que el hombre conoce. Pero la muerte del doctor Zucco no fue de las que permiten una falsa vida nueva, tras la congelación, no... ¡Zucco fue sacrificado en este altar, y despedazado luego, para que sus miembros dispersos jamás vuelvan a ser unidos por ciencia diabólica alguna!

Sentí un escalofrío de pavor. Aquellos fanáticos habían llegado al máximo. Su demencia les conducía a matar, a descuartizar, incluso, para evitar que la ciencia progresara... Me agité, angustiado.

—Locos... —gemí—. Estáis todos locos... ¿Qué pretendéis hacer conmigo?

—Lo mismo, Dreyer —silabeó el monje—. Lo mismo que con el doctor Zucco... Estás ahora sobre su propia sangre seca, derramada abundantemente en el sacrificio ¡El Espíritu reclama tu vida ahora... y la tendrá! ¡Adelante, Hermano Purificador! Cumple tu misión!

Me volví, con un espasmo de horror. Descubrí al llamado Hermano Purificador. Venía hacia mí. Era alto muy alto. Su hábito púrpura estaba salpicado de sospechosas manchas oscuras, como de óxido. Yo sabía lo que eran. Sangre. Sangre de Frye Zucco...

En una de sus manos centelleó algo, a la luz de la flamígera cruz en aspa: un hacha de terribles proporciones, digna de un verdugo medieval. Su filo acerado era un destello de luz roja...

Con aquel hacha, descuartizarme iba a ser la tarea más simple del mundo.

El rezo del coro se hizo cántico lúgubre y solemne, como un réquiem o un *miserere*. El Hermano Purificador se acercó más y más... La cruz llameante se reflejó en el hacha, cuando se alzó sobre mí...

* * *

La ráfaga de disparos secos, centelleantes, fue como una melodía en mis oídos.

El Hermano Purificador fue el primero en caer, cosido a impactos de bala. Le siguieron otros varios monjes. El tableteo de las armas se hizo estruendoso en el amplio recinto abovedado.

Vi huir en desbandada a los monjes, flotantes los faldones amplios de sus túnicas y hábitos monacales.

Algunos no llegaron muy lejos, acribillados por las armas automáticas.

La sangre salpicaba los muros cuando el crepitar de detonaciones se detuvo. Pero no era mi sangre, sino la de ellos. La de aquellos infelices, pero peligrosísimos fanáticos, enloquecidos por una idea casi obsesiva sobre el Bien y el Mal

Cerré mis ojos, con cierta angustia ante la fría matanza. Eran mis enemigos, pero no podía por menos de horrorizarme aquella masacre, en unos tiempos en los que se suponía que el hombre era incapaz ya de destruir al hombre.

—Dios mío… —gemí, entre dientes—. Perdónanos a todos…, si ello es posible.

Luego, todo fue muy rápido. Manos eficientes me desligaron, otras echaron sobre mi cuerpo desnudo unas prendas de ropa que identifiqué como mías…

Y una voz, que para mí era como algo angelical, me dijo gravemente:

—Parece que hemos llegado muy a tiempo, señor…

Miré al que hablaba. Era un oficial de policía, con su arma aún humeante y el rostro crispado. Le acompañaba, cuando menos, una docena de agentes uniformados, armados hasta los dientes… e incluso con casco metálico, de tipo bélico.

—Sí —dije, en un murmullo—. Muy a tiempo… ¿Qué les hizo venir?

—Hallamos su coche abandonado. Informamos a la superioridad y se nos ordenó una búsqueda urgente de usted. No queríamos que ocurriera como en el caso del doctor Zucco…

—Zucco… —musité. Me estremecí, mirando al ara del templo, donde había estado yo ligado. La seca sangre era visible sobre la piedra milenaria—. De modo que es cierto…

—¿Su muerte? Sí, señor. Le descuartizaron a hachazos. Están enloquecidos. Son como fieras. Hemos desalojado ya varios templos y abadías de la orden. Luchan a escondidas, como bandoleros. Han incendiado recientemente toda una zona del edificio de la Salud, han depositado explosivos en algunos lugares, causando víctimas numerosas…

—Cielos, ignoraba todo eso. Quise vivir aislado y...

—El único templo, aparentemente abandonado, que existía cerca de la zona donde hallamos su coche era éste. Vinimos, tratando de hallarle. Arriba no hay nadie. Esto es una cripta subterránea. Oímos sus cánticos y acudimos, hallando la puerta oculta tras un sillar de piedra. Me felicito por ello, señor. Iban a hacerle seguir la misma suerte que al doctor Zucco. Lo hacen con todos los científicos y expertos. En la explosión del Centro de la Salud afectaron la zona esterilizada...

—Oh, no... le miré, aturdido—. ¿Le... le ha sucedido algo a... a la primera persona resucitada?

—No, nada. Pero hubo de ser evacuada urgentemente a otro lugar más seguro, o le hubiese causado daño otra explosión que hubo poco después, señor...

Me sentí aturdido ante tanto suceso violento. Las cosas se precipitaban, sin duda alguna. Y yo ni siquiera sabía ya de qué lado estaba la razón, de si alguien la tenía realmente o... si todos estábamos equivocados, Trágica e irremisiblemente equivocados.

CAPITULO V

Dyan Tuska me contempló pensativo. Se frotó el mentón. Hacía cosa de dos meses que no veía al actual esposo de Velda. Me pareció diez años más viejo.

—¿Qué te ocurre, Dyan? —pregunté.

El se quedó mirándome un rato. Luego se encogió de hombros.

—Ni siquiera lo sé, Roy —dijo—. Pero estoy preocupado, lleno de inquietud.

—¿Inquietud? ¿Por qué?

—Es... es un problema íntimo y legal a la vez. No sé ahora si soy el marido de Velda, de Sybille... o de ambas a la vez. Ellas son hermanas. Y yo, en todo caso, un bígamo.

—La ley habrá previsto algo para esos casos, Dyan...

—La ley no ha previsto nada. Tienen en estudio un proyecto. Pero no puede complacer a todos, entiéndelo.

—¿Qué debo entender?

Tuska paseó por mi gabinete, nervioso. Allá, en la noche, la ciudad era una masa de luces y de vitalidad. Aquí dentro había repentinamente algo frío y oscuro que me causó cierta aprensión. A pesar de la pantalla de televisión y a pesar de las luces tamizadas, que hacían confortable mi hogar.

—Es obsesionante, Roy —me explicó—. Velda es mi esposa. No sé si la amo o no, ni si me ama ella a mí, pero somos marido y mujer. Quizá porque ambos nos quedamos muy solos al morir Sybille. Nuestro mutuo consuelo nos unió. Con cariño, con afecto, aunque sin amor. Yo amaba a Sybille, tú lo sabes. Era algo diferente. Pero ahora..., ¿quién será mi esposa legal?

—No sé. Supongo que Sybille. Era la primera. Si vive, tu segunda boda se anula.

—Y Velda..., ¿en qué situación queda?

—Sí, ya lo sé —afirmó, ceñudo—. Es monstruoso todo.

—Además, estoy yo. Amé a Sybille. Ahora... será muy diferente.

—¿Diferente?

—Claro. ¿No lo entiendes? Convivir, hablar, ser esposo de... de una mujer que estuvo ya *muerta*. Habrá momentos en que no podré evitar el pensarlo. Cuando me bese, cuando me abrace, será como tener a alguien salido de la tumba. Si su piel está fría en el invierno..., estoy seguro de que chillaré horrorizado, y me arrojaré por una ventana. No puedo, Roy... ¡No puedo amar a una mujer que vuelve de la Muerte!

Le miré, pensativo. Era difícil darle un consejo. Muy difícil.

—Entonces, pide que se anule el primer matrimonio. Que no sea válido aquel que se celebró con alguien que está legalmente muerto en el momento de celebrar el segundo —sugerí—. Tu caso ha de ser el que llegue a crear un precedente...

—¿Y Sybille? —me replicó él—. Sybille vuelve a la vida. No tiene por qué sentir de un modo diferente. Si me quería, seguirá queriéndome. Si era feliz a mi lado, deseará seguirlo siendo... ¿Qué le daremos a ella, en todo caso, si anulamos el matrimonio? ¿Qué sentirá, qué pensará... cuando sepa que, pese a volver a la vida, todo es *diferente*?

—Eso debimos de pensarlo todos antes de ocurrir —suspiré—. Ahora no tiene remedio. Alguien debe pagar. Y no es justo que paguen siempre los que murieron y nosotros nos obstinemos en volver a la vida...

Dyan Tuska me miró, pensativo, sombrío. Pareció tomar una determinación.

—Está bien —dijo—. Renunciaré a ambas. ¡Pediré que anulen LOS DOS matrimonios!

—¿Y... te será atendida esa petición? —dudé.

Dyan Tuska fue hacia la salida. Su voz tuvo resonancias casi trágicas al responder:

—No. Me temo que no. Pero entonces..., ¿qué va a ocurrir?

Salió, cerrando con un portazo seco. Me quedé solo. Solo en mi casa, aquel día que era ya el sexto tras el momento solemne de la resurrección. Al día siguiente...

—Sí —musité— ¿Qué va a ocurrir?

* * *

—Hola, Roy…

Me estremecí. Era una voz suave, dulce, femenina. Era su voz. La recordé en el acto.

—Hola…, Sybille —respondí, con cierta dificultad.

Ella me tendió su mano. Vacilé. Luego, avancé hacia ella. Oprimí aquellos dedos entre los míos. Me sonrió, Yo no sé lo que hice. Su mano no estaba fría, pese a lo que, estúpidamente, yo había temido.

—He vuelto, Roy —dijo.

Tragué saliva. Asentí.

—Sí —musité—. Has vuelto… Es… es maravilloso, ¿no?

—Me han dicho que fueron… más de cuatro años…

—Cierto. Cuatro años y siete meses, según creo recordar —asentí, mirándola.

Me pareció increíble. Tanto tiempo… Ella estaba perfectamente. Con su bonita cara ovalada, sus cabellos color de miel, sus ojos azules, su dulce gesto, su figura atractiva, sus bellas piernas… Y estaba viva. Total, absolutamente viva. Desde el brillo de sus ojos hasta el aliento de sus labios carnosos, de un rojo suave, y el palpitar de su corazón, bajo aquel busto juvenil, bien dibujado por sus ropas, de tono claro.

—No he sentido nada anormal —dijo—. Fue como despertar de un sueño.

—Sí, es lo que parece.

—Para ti pasó ese tiempo, Roy. Para mí, no. Lo cierto es que nunca tuve la esperanza auténtica de que esto fuera posible. Pensé… pensé que era el fin. Como todo el mundo debe pensarlo… —Movió la cabeza, con perplejidad—. Y mi dolor…, mi dolencia…, curado todo, Roy…

—Es como un milagro —afirmé, procurando mostrarme complacido.

—Velda… Velda me ha contado lo de Elma, tú prometida entonces…, ahora tú esposa… —susurró Sybille, de repente.

—Sí —afirmé, sombrío—. Así fueron las cosas.

—No debes sentirlo, Roy. Fue sólo un accidente. Volverá, como yo he vuelto. Imagina que está ausente, que duerme… Cualquier cosa así.

—Sí, es lo que quiero pensar —admití. Miré a Sybille. Mi curiosidad pudo más que mi propia aprensión—. Sybille, ¿de verdad…, de verdad es… sólo un sueño?

—Sí, eso es —sonrió—. Un largo sueño. Dormir sin pesadillas…

—La Muerte es sólo eso, entonces…

—No lo sé. Yo no estaba muerta. Nadie lo está, cuando le crionizan —me rectificó ella, algo sorprendida—. La Muerte es… otra cosa.

—Sí, claro —no quise discutirle la cuestión. No me resultaba agradable tampoco—. ¿Has… has visto a Dyan también?

—¿Dyan? No —negó, con una chispa feliz en sus ojos—. Velda me dijo que está fuera de la ciudad. Volverá un día de éstos. Le daré una buena sorpresa. Le veré cuando esté ya fuera de aquí. Esta noche se cumple el plazo. Mañana salgo ya, convertida en una mujer normal. Todo ha ido perfectamente.

De modo que era así. Dyan no tuvo valor. No había dicho nada aún. Ni había ido a ver a su primera esposa. Y Velda no dijo palabra…

Todo iba a ser difícil. Muy difícil. Lo sentí por Sybille. No, no todo había sido como dormir sin sueños. Pronto iba a saberlo la infortunada.

—Entonces, te veré mañana. Fuera de este recinto —dije, mirando los blancos muros esterilizados de su pabellón de observación —. Me alegra verte tan maravillosamente bien, Sybille, amiga mía…

—Gracias por tu visita, Roy —me sonrió, ilusionada como una chiquilla—. Hasta mañana. Pero…, ¿no olvidas algo?

Dudé, tratando de recordar, con su mano aún entre las mías. Recordé entonces, y me estremecí.

Un beso…

Era lo que siempre le daba a Sybille cuando ella… *vivía*. Un beso de amistad, en su mejilla. Comprendo entonces los sentimientos de

Dyan. Pero me armé de valor.

—Sí —dije—. Como siempre ha sido, Sybille…

Me incliné. Besé su mejilla. Y ella la mía. No, no estaba fría. Pero aun así, sentí un hondo escalofrío, balbuceé una despedida que pretendió ser jovial y dejé allí a Sybille Wolfe, sola en su cámara de aislamiento, sometida a observación médica todavía.

* * *

El doctor Wray no era persona muy de mi gusto. Ni yo del suyo, ciertamente.

Sin embargo, las altas jerarquías decidieron que fuese él quien supliera al asesinado doctor Zucco. Y así se hizo.

Por tanto, cuando fui requerido para intervenir el la resurrección de los diez cuerpos de la primera etapa realmente oficial, tras el experimento positivo con Sybille Wolfe, ya estaba Skelton Wray, médico biólogo y químico del Centro de la Salud, dirigiendo los preparativos para la primera resurrección masiva.

El *télex* nos informó, desde la central nacional del CWI, que una nave especial de transporte se dirigía ya a la ciudad, con diez cuerpos seleccionados por orden de antigüedad de entre los millones y millones que esperaban turno en Hibernópolis.

Entre esos diez cuerpos, leí nombres populares: figuras del arte y del espectáculo, de la ciencia y de la política… Diez eminentes ciudadanos de otro tiempo. Sus fechas de defunción clínica databan de hasta treinta y cuarenta años. Iban a encontrarse un mundo muy diferente ahora. Veríamos si soportaban el *shock*.

La gran máquina estaba en marcha, y nada ni nadie podría detenerla. Bastaba echar una ojeada a los titulares de periódicos y publicaciones, escuchar programas informativos de televisión o adquirir los grabados diariamente con las últimas noticias.

No se hablaba de otra cosa en el mundo entero: la Muerte estaba vencida.

Eso, inevitablemente, había traído sus consecuencias. El Instituto Mundial de Cryonización se había visto obligado, «por razones administrativas», a elevar sus gastos y, con él, el precio de cada crionización. Pero los que ahora estaban enfermos o los parientes de los que habían de morir no se detenían ya ante gasto alguno. Lo que antes era una simple esperanza, una remota posibilidad, ahora era una

realidad tangible. Bastaría esperar un tiempo prudencial para que los muertos volvieran con rapidez a la vida, ya vaciados los *stocks* de cuerpos humanos de Hibernópolis. Así se exponía el caso. Como si se hablara de una industria vulgar y de unos productos comerciales.

El elevado aumento de precio en los servicios legalmente obligatorios del CWI suponía un aumento de beneficios para la gigantesca empresa, de alcance realmente fabuloso. Las cifras de su contabilidad iban a aumentar de modo delirante. Sí, la muerte era ahora el mejor de los negocios conocidos. Y sus beneficiarios se apresuraban a sacar de él todo su jugo, como siempre hicieron los hombres de empresa, para mal de la Humanidad.

—Me he enterado de que rechazó usted un generoso ofrecimiento del Gobierno, de una dosis fuera de turno de la droga HL II, para su esposa recién fallecida, Dreyer —fue una de las primeras cosas que me dijo el doctor Wray, apenas nos saludamos glacialmente en el Centro de la Salud Nacional.

—Cierto, doctor —asentí.

—¿Por qué hizo eso?

—Porque lo creí conveniente.

—¿No amaba a su esposa, tal vez?

—Más que a nadie en el mundo, doctor.

—¿Entonces...?

—Son razones de índole particular. No tengo por qué discutirlas.

—Me suena todo eso a rebeldía, a subversión tal vez —me acusó secamente Skelton Wray, clavando en mí sus ojos de búho—. ¿Lo es, quizá?

—Si lo fuese, podrían incluso procesarme —reí—. No esperará que admita algo así, aun siendo cierto.

Digamos que preferí esperar mi turno, si es válida la razón.

—No, no es válida para mí —cortó Wray—. No me gustan las rebeldías. El mundo funciona bien desde que todo el mundo acepta el orden establecido. No hay tiranías ni dictaduras, no hay rebeliones ni extremismos. Y la cosa marcha bien, ¿no es cierto?

—No marcha mal, doctor. Pero al doctor Zucco, su antecesor, le

descuartizaron vivo. Eso no significa que *todo* marche bien.

—Oh, esos fanáticos enloquecidos… —rechazó el nuevo director médico de la «Operación Lázarus», con desprecio—. Son una minoría. Sus ideas son demenciales. Quisieran un mundo retrotraído a la Edad Media, con su carga de ignorancias y supersticiones, Dreyer. Usted no puede identificarse con ellos…

—No dije que lo hiciera. Es más: he luchado dos veces a muerte contra ellos. Y en ambas ocasiones estuve a punto de dejar el pellejo en sus manos.

—A mí me llama mucha gente reaccionario —dijo Wray, con frialdad—. Usted será uno de ellos, no hay duda. Pero de algo estoy convencido: eliminando a todo el que no piense como la colectividad, se mantendrá la paz. Caiga quien caiga, Dreyer.

—Sería mejor que se mantuviera sin caer nadie, doctor —le repliqué—. Estamos aquí para *dar* vida, no para quitarla. Y eso forma parte del orden establecido, la colectividad y todo lo reaccionario existente.

—Es usted muy astuto, Dreyer, pero no me gusta su modo de ser ni de pensar. Sabe usar las palabras contra los demás. Y no comprometerse demasiado.

—Es posible que a eso sí se le pueda llamar «reaccionario» —dije, riendo—. ¿Trabajamos en vez de discutir, doctor?

Me contempló fijamente, con expresión recelosa. Su tono de voz fue hostil:

—Sí, trabajemos. Será lo mejor…

* * *

Diez nuevos seres recuperaron la vida.

El «Proyecto Lázarus» seguía adelante. Era todo un éxito. Ya había once seres rescatados del frío de las cámaras de crionización, del frío de la Muerte.

Y un mes más tarde serían ciento once.

Y un año después, mil ciento once…

No sabía nada de la primera persona que volvió a la vida. Lo primero que supe fue a través de Velda, justo dos semanas después de

dar la vida a los diez personajes crionizados muchos lustros atrás.

Y no fueron noticias muy halagüeñas.

—Sybille quiere morir —me dijo Velda.

CAPITULO VI

Me quedé de una pieza al oír esas palabras. Contemplé largamente a Velda Wolfe, su hermana. Y actualmente, en una difícil situación familiar, siendo la esposa del marido de su hermana, o cosa parecida.

—¿Qué has dicho? —murmuré.

—La verdad, Roy. Desea morir de nuevo. Pero sin volver a la vida jamás.

Incliné la cabeza, con un suspiro profundo. No podía extrañarme demasiado, aunque sí dolerme de que todo hubiera sido para nada. 0 para empeorar las cosas más aún.

—Debíamos imaginarlo —dije lentamente—. ¿Qué le pasa, Velda?

Velda Wolfe estaba pálida. Su serena belleza, su tremendo atractivo, parecían diluidos por la tensión y el sufrimiento. Tenía los ojos secos, pero enrojecidos.

Hundió las manos en los bolsillos de su bata de trabajo en los laboratorios del Centro de la Salud. Parecía difícil para ella expresarse sobre ese tema. Y yo lo comprendía.

—No es feliz, Roy —murmuró—. Ninguno de nosotros es feliz, ni puede serlo. Hubo mala fortuna en que ella... fuese la primera. Quiero separarme legalmente de Dyan, y él no quiere.

—¿Sybille... ha visto a Dyan?

—No. El la rehúye. No ha querido verla aún.

—Pero... ¿ella sabe ya...?

—Lo sabe. Dyan le escribió una misiva. Luego, yo fui a verla. Todo resultó muy... muy doloroso.

—Sí, lo comprendo. Muy difícil de sobrellevar. ¿Qué vas a hacer ahora, Velda?

—No tengo la menor idea. Desde luego, aunque Dyan no quiera, anularé el matrimonio. La ley apoyará mi solicitud, incluso contra su

voluntad.

—Y eso, ¿hará feliz a Sybille, si Dyan persiste en su postura? —dudé.

—No, Dios mío, claro que no —se quejó amargamente Velda, inclinando la cabeza—. Es Sybille la que me obsesiona. Está amargada, encogida, pidiendo morir, clamando por volver a ser un cadáver, pero no queriendo regresar jamás.

—Cielos... —murmuré—. Creo que debería ir a verla.

—No la encontrarías —respondió Velda, con voz tensa.

—¿Qué? —la miré—. ¿No quiere ver a nadie?

—No es eso, Roy. Ha desaparecido. Nadie sabe dónde está...

* * *

—Es inútil, Roy. —Karl meneó la cabeza con energía—. Sabes que tengo amigos en la policía. Lo hemos revisado todo. Sybille no aparece. Dejó una nota pidiendo que no la buscase nadie porque no quiere ver a nadie. Eso es todo.

—¿Qué dicen las autoridades sobre eso? ¿Y el Centro de la Salud, Karl? Es obra de ellos haberle dado la vida. ¿Y después?

—Tú sabes cómo son estas cosas. Después de volver a la vida y ser declarada clínicamente normal, ya nadie se preocupa por ella. La fría ciencia y la aún más fría burocracia no se mezclan en cuestiones íntimas o personales.

—Eso es muy cómodo. Traes al mundo a alguien que no pidió venir... y allá él con sus problemas. Eso se puede hacer cuando se da a luz una criatura, pero no cuando se resucita a un muerto, Karl.

—Trata de explicar eso al Gobierno, a ver qué te dicen —declaró Karl, escéptico—. Vamos, no debes torturarte más. No es asunto tuyo. Sólo eres un funcionario...

—Es asunto de todos, Karl. De todos nosotros —repliqué—. Tenemos que hacer algo por esa criatura. O todo el triunfo científico no será sino un enorme, tremendo fracaso humano ..

—Pues como no ocurra un milagro, veo difícil hallar a Sybille Wolfe. Prácticamente, hice todo cuanto era humanamente posible —me explicó mi amigo—. La búsqueda ha fracasado. No sabemos dónde

se ha metido esa muchacha.

—Sin embargo, es preciso encontrarla —dije, con voz ronca—. *Absolutamente* preciso. Y lo antes posible, Karl...

* * *

—Sí, Roy. ¡Es preciso dar con ella! Yo, solamente yo, soy el culpable de todo el drama...

Miré fríamente a Dyan Tuska. Asentí, seco.

—Sí —convine—. Tú eres uno de los culpables. Pero hay más. Todos los que piensan que devolver la vida a un ser humano es igual que hacerlo con un conejillo de indias en un laboratorio...

Tuska paseó por el jardín de la solitaria vivienda que la OMS había destinado a Sybille para su convalecencia y su readaptación al mundo. Yo me limité a contemplarle, desde la vidriera abierta, que daba acceso a la casa abandonada.

—He aceptado la idea de Velda —dijo—. Nos separaremos. Volveré con Sybille, ocurra lo que ocurra...

—Tal vez sea ya tarde para eso —le advertí.

—¿Qué quieres decir—se alarmó—. ¿Crees que ella se haya... suicidado tal vez?

—Sería toda una tremenda paradoja —mascullé—. Espero que no, Dyan, pero Sybille es un ser humano, una mujer. No un cobaya ni un robot. Ahora ya sabe lo que sucede. Quizá no te acepte a su lado jamás. Quizá pase a ser, desde ahora, una muerta en vida. Y eso sería peor. Mil veces peor, Dyan...

—Oh, Roy, todo esto es... ¡es como una pesadilla!

—Es peor que una pesadilla, Dyan, porque de esto no se despierta...

—De todos modos, gracias por ayudarme, Roy. Estás haciendo mucho por todos nosotros, sin estar obligado a ello, ni mucho menos.

—Bah, no hables de eso —miré, ceñudo, al interior de la pequeña, alegre y risueña casa, diseñada por un psicólogo, para el trance de readaptación al mundo de los resucitados. Era una vivienda aislada y solitaria, para el caso experimental. Sabía de auténticas colonias, construidas en bellos parajes próximos a la ciudad, donde los

demás resucitados serían aposentados, en espera de su total adaptación al ambiente en que les tocaba continuar su vida, tras el período de existencia en hibernación. Añadí, despacio—: Si al menos supiera cómo piensa ella ahora, adonde habrá decidido ir… y cómo resolverá sus necesidades más imperiosas, sin ser descubierta…

Pero era inútil hacer cábalas. Y Dyan Tuska estaba demasiado anonadado para serme de ninguna ayuda.

Empecé a sentir la desagradable impresión de que estaba derrotado por completo.

Y esa impresión me duró casi una semana. Una semana durante la cual no apareció Sybille Wolfe por parte alguna.

Hasta que una noche, cuando apagaba las luces y me disponía a ir a la cama, para reposar, sabiendo que al siguiente día tendría problemas importantes en el Centro, ya que el doctor Wray quería iniciar los preparativos de selección y resurrección de los cien cadáveres que el CWI nos enviaría a la semana siguiente, continuando el plan establecido dentro de la «Operación Lázarus», ocurrió lo inesperado.

Apenas había presionado el botón de la última luz, para abandonar el gabinete e ir hacia mi lecho, dejando medio abiertas las vidrieras de mi jardín particular, cuando sonó la voz a mis espaldas:

—Buenas noches, Roy…

Me volví, aturdido, emocionado.

—¡Sybille! —grité—. ¿Tú…?

* * *

—Sí, yo. Por favor, no. No enciendas la luz, Roy.

—Pero…

—No des ninguna luz, te lo ruego —insistió ella. Noté algo raro en su voz—. Me… me encuentro mal. No tengo buen aspecto ahora. Será mejor que hablemos así.

—¿En la oscuridad, Sybille? —descubrí su silueta, dibujándose borrosamente contra la penumbra azul del jardín.

—Sí, Roy. En la oscuridad. Es mejor… por ahora.

—Está bien —resoplé. No quería perderla otra vez, ahora que

ella misma había venido. Si ese pequeño capricho la complacía, trataría de dárselo—. Hablaremos a oscuras, como tú deseas, Sybille.

—Gracias, Roy. Siempre fuiste un buen chico…, un gran amigo.

—Te he buscado mucho estos días. ¿Dónde te metiste? He llegado a inquietarme por tu suerte…

—No me ha ocurrido nada —oí su suspiro profundo—. Es más, estuve tentada de volver antes a casa. Era todo una chiquillada. Debí comprender que Dyan no me esperaría. Nadie espera a nadie. No sabían siquiera si esto sería posible alguna vez. Se casó con Velda. Bueno, con alguien tenía que hacerlo, después de todo… Y Velda es una gran chica. No importa que sea mi hermana. Muerta yo, ¿qué importaba eso?

—Entonces, ¿por qué no volviste? Todos estábamos sufriendo por ti. Velda y Dyan se van a separar…

—¡No, que no lo hagan! —musitó Sybille—. Yo no cuento ya, Roy.

—Claro que cuentas. Dyan lo ha comprendido al desaparecer tú.

—Yo no pedía caridad, sino amor —fue el seco comentario de ella—. No deben separarse. Me resigno a mi nueva forma de vida, Roy. No pido nada, no exijo nada.

—Entonces, ahora sí vuelves… Debiste hacerlo antes, Sybille.

—Sí, pero me ocurrió algo… Cambié de idea. Permanecí oculta. Quise… quise que tú fueses el primero a quien visitar a mi regreso.

—Está bien. Ahora encenderé la luz y juntos iremos a…

—¡No, no! ¡*Luz*, no! —clamó ella, con un sorprendente sollozo —. Por Dios, no lo hagas…

Me detuve, con la mano junto al interruptor, sorprendido e intrigado. Era una petición extraña. Y más, con aquella insistencia, casi patética…

—Sybille, es ridículo. Por mal que te encuentres, no vas a impresionarme. Te ayudaré en todo, tú lo sabes…

—Sí, pero la luz… Te ruego que no la enciendas. Ya me voy. Iré a casa. Puedo ir sola.

—¿Quién me dice que no harás otra cosa y volverás a

desaparecer?

—Te doy mi palabra. Iré a casa, Roy. Ya no vale la pena seguir huyendo. Hay que aceptar las cosas... tal como son.

—Está bien. Si no quieres siquiera que te acompañe...

—No, Roy. Es mejor así, palabra...

La traté de descubrir en la sombra. No era sencillo. Solamente identificaba su perfil, mientras su rostro y figura eran simplemente oscuridad. Caminé hacia ella, y vi que se encogía y bajaba la cabeza, retrocediendo hacia la salida de vidrieras.

—No... no me toques... —jadeó, inesperadamente.

Estaba perplejo. Asentí de nuevo, cada vez más intrigado y preocupado.

—Bien —dije—. Entonces, puedes irte, Sybille. Si no me necesitas...

Y en ese momento, cuando ella iba a iniciar el giro para marcharse, oprimí el botón de la luz vertical, la de la lámpara empotrada del techo.

Un largo, terrible alarido, brotó de la garganta de Sybille, al sentirse bañada por la luz.

Yo di un paso atrás, sacudido por un horror sin límite, que heló la sangre en mis venas.

Sybille Wolfe echó a correr, huyendo a través del jardín.

CAPITULO VII

Tardé demasiado tiempo en reaccionar.

Otra persona quizá hubiera tardado todavía más. Era demasiado espantoso lo que vi para sentirse uno dueño de su voluntad y de sus actos.

Creo que jamás, hasta ese momento, me había enfrentado a una realidad tan pavorosa y espeluznante. Mientras viva, nunca olvidaré el momento terrible en que me vi, cara a cara con Sybille Wolfe.

O con «aquello» que antes había sido Sybille Wolfe...

Su figura esbelta, sus labios rojos, sus cabellos color de miel, sus ojos celestes, su bonita cara atractiva...

Su cara...

Aquella cara.

Aún sentía el hielo en mis venas. Como si yo mismo hubiera sido crionizado sin sentirlo. Me parecía imposible. Totalmente imposible. Pero era cierto. Real. Yo lo había visto. Antes de que Sybille emprendiera su carrera desesperada. Antes de que huyera a través del jardín...

Aquella cara de Sybille..., convertida en algo repugnante e indescriptible. Mitad calavera, mitad carne corrompida y purulenta... Aquellos cabellos lacios, como yertos; aquellos ojos, redondos como globos de vidrio, flotando entre carne putrefacta y hendiduras oscuras, rezumando una especie de siniestro musgo...

Musgo azulado que brotaba también en sus mejillas, que fluía a su boca, sin labios ya, con los dientes y las encías mostrándose, igual que una calavera horripilante, aún con vida. Musgo que se extendía y manchaba sus brazos desnudos, sus senos entre la ropa sucia y desgarrada, que dejaba ver la purulencia de un torso de mujer rugoso y ennegrecido, fluyendo de él aquella especie de humor viscoso... Dedos de una mano descarnada, tornándose esqueleto cubierto de piel negruzca, poco a poco...

El cuadro más espantoso de la corrupción humana, de un cuerpo en estado latente de putrefacción y descomposición inexorable...

Eso, sólo eso era ya Sybille Wolfe.

A pesar de ello, reaccioné. Y grité. Grité, lanzándome, como si estuviera loco, detrás de aquella pobre piltrafa viviente, que se perdía en la noche, huyendo de mí, huyendo de todo ser viviente…

—¡Sybille! —aullé—. ¡Sybille, por Dios, vuelve! ¡Vuelve!…

Y, naturalmente, ella no volvía. Ella no se detuvo. Ella volvió a desaparecer.

Yo sabía ahora por qué…

* * *

—¿Se ha vuelto loco, Dreyer? No detendrá el «Proyecto Lázarus» por nada del mundo!

Miré al doctor Skelton Wray con expresión furibunda. Lo peor es que no me sentía nada sorprendido de su réplica. Es más: era justamente la que había esperado oír.

—Tiene que hacerlo —musité—. Es *necesario*. Imprescindible. Hablaré con quien sea para detener esta locura. Estamos desencadenando un horror sin saberlo…

—Conozco sus ideas, Dreyer —cortó Wray, despectivo—. No va a convencerme con tonterías.

—No son tonterías. Es una verdad aterradora. ¡Estamos creando *monstruos*, no seres humanos que vuelvan a la vida!

—¿Monstruos? —soltó una carcajada—. ¿Qué pruebas tiene de esa majadería, Dreyer?

—¡Mis ojos! —rugí—. ¡Yo he visto a Sybille Wolfe! ¡Y es igual que ver andar un cadáver que lleve meses en su féretro, doctor Wray!

—Imposible —rechazó, fríamente—. Eso es clínicamente imposible, y usted lo sabe. ¿Se está volviendo histérico o pretende burlarse de mí?

Era imposible. Aquel hombre no podía ser convencido de nada que fuese contra sus principios inamovibles. Conocía la especie.

—Nunca dije nada en mi vida más seriamente, doctor —gemí, ahogado por la ira—. Estamos creando una galería de monstruos, sin duda alguna. Algo falla. No sé lo que ello sea, pero FALLA. Sybille Wolfe era una hermosa muchacha. Incluso después de volver a la vida,

doctor Wray. Si la viese ahora...

—No sé lo que ella haría. Si es cierto lo que vio, cosa que dudo, acaso cometió un error o quiso suicidarse. He oído rumores sobre eso. Debió lanzarse a un baño de ácido, resultó corroída por él... Eso lo explicaría todo, ¿no?

—Oh, qué fácil explicación busca usted, doctor. No, esa carcoma humana nada tenía que ver con ácidos ni corrosivos. Era corrupción, doctor Wray. *¡Podredumbre!* Sybille es pura carroña viviente. Se descompone viva... ¿Ha ido a ver acaso a los otros diez a quienes dimos la vida en la primera etapa oficial? ¿No iremos a lanzar otro centenar de horrores vivientes a esas calles, para que mueran en una purulencia vergonzosa?

—¡Ya basta, Dreyer! —rugió el médico, furioso—. ¡Usted es sólo un funcionario aquí, no un hombre imprescindible! ¡Un comentario más sobre lo que acaba de contarme, y que no puede ser sino un delirio suyo o un error personal de la muchacha, y no sólo quedará expulsado automáticamente de este Centro, sino que denunciaré su actitud como rebelde y contraria al orden establecido!

—Doctor Wray, usted es un científico, un médico... —musité, horrorizado—. No es ningún loco ni fanático, como esos desdichados monjes que perdieron la razón... Usted está *obligado* a pensar, a razonar, a tratar de comprender..., de evitar incluso...

—Ya hemos terminado toda discusión, Dreyer —me cortó, glacial— Por última vez: o vuelve a su trabajo..., o le despediré de él.

—No hará falta, doctor —dije, seco. Me arranqué mi bata plástica de un tirón—. He terminado YO. Dimito. Me voy. No quiero ser cómplice de una monstruosidad inicua. No, mientras no esté seguro de que, realmente, fue un error personal, de que ella está así por su culpa y no por algún fallo biológico, tras la resurrección.

—Medite bien lo que hace, Dreyer —me avisó Skelton Wray, incisivo—. Esto puede ser muy grave para usted.

—Váyase al diablo —dije, con ira—. Todo esto me da náuseas. Usted, el Centro, el «Proyecto Lázarus», el orden establecido... ¡Todo!

Y di media vuelta, sin importarme la posible trascendencia de mi rebeldía. Sin importarme nada de nada. Sólo el recuerdo pavoroso de aquella pobre criatura llamada Sybille Wolfe, que no pidió volver del frío de la muerte para enfrentarse a un destino tan espantoso.

Deambulé por las calles como un loco. Me daba cuenta de mi error, de mi equivocado ímpetu. Era luchar contra lo imposible. Decir la verdad, revelar que un ser humano había pasado a ser una piltrafa tras volver de la crionización provocaría el caos, la bancarrota del sistema. El gran negocio, la empresa colosal, el monopolio inmenso, se desmoronaría como hecho de simple azúcar.

Y con todo eso, ni más ni menos, Gobiernos y financieros, políticos y grandes *trusts* y entidades bancarias entrarían en barrena.

No. ¿Quién haría caso al soñador, al solitario, al independiente ciudadano que osaba revolverse contra tecnocracia, Gobierno, sistema, capitalismo monopolista y todo eso? Era un pigmeo enfrentándome a una muralla ingente. No había esperanza. Nadie admitiría el fallo.

Y al Premio Nobel, y los doctores eminentes, y todo lo demás… Era una máquina demoledora gigantesca, Lo trituraba todo. A mí, como a cualquier otro.

Cierto. Enviarían millares, millones de seres al mundo. Si lo de Sybille no era un caso aislado, Dios mío, ¿qué iba a suceder? Serían millones de seres en putrefacción continuada, una nueva plaga de más horribles y estremecedores leprosos de los que jamás existieron a través de los tiempos.

No podía hacer nada. Nada en absoluto. Sólo buscar. Buscar a Sybille. Tratar de dar con la pobre criatura. No por mí, ni por todo lo demás. Por ella. Sólo por ella…

* * *

—No, Roy. ¡Eso… no puede ser cierto!

—¿Crees que mentiría? ¿Tengo cara de borracho o de alucinado, Velda?

—Dios mío, no… No… —inclinó la cabeza, sacudida por un sollozo—. Pobre hermana mía… ¿Qué pudo suceder?

—No sé. No me lo contó. No quiso decir nada. Ni dejarse ver. Yo sospechaba algo, pero nunca tan terrible… Di la luz de repente y… Cielos, no quiero recordarlo, Velda. Es demasiado espantoso.

—¿Acaso… un fallo biológico?

—Es lo que sospecho. Tendrían que hacer algo. Detener el plan, aplazar el programa. No harán nada de eso. El doctor Wray es un maníaco del sistema. No se puede razonar.

—¿Y el Gobierno...?

—Imposible. Sería dar la alarma a la gente, estropear el mayor negocio de todos los tiempos. No, Velda. Sabes que no me harán caso.

—Si halláramos a Sybille, si pudiéramos presentarla en la televisión, en público, provocar una conmoción...

—Eso no va a ser fácil. Si el doctor Wray me ha denunciado, incluso el CWI enviará hacia mí a sus agentes secretos. Pueden encerrarme por loco, e incluso asesinarme, para que no hable.

—¿Serían capaces de tanto, Roy? —se asustó Velda.

—De todo. El dinero mueve el mundo. Hace mucho tiempo de eso ya. Y esta vez hay más dinero que nunca en juego. Miles de miles de millones. La mayor empresa mundial. No, Velda. No sé lo que va a suceder, pero no detendrán el curso de los acontecimientos. Es más: mi vida peligra ahora. Me iré de aquí.

—Roy, ¡no puedes hacer eso, lanzarte hacia tus enemigos! Te ocultaré...

—No, no. Ni digas a nadie que te vi, que estuve aquí. Eso te implicaría. Deja que yo solo afronte la situación. Buscaré a Sybille. Y espero que Dios me ayude.

—Vas a necesitarlo, Roy —musitó Velda, siguiéndome hasta la salida, dispuesta a acompañarme hasta donde fuese preciso. La detuvo justo a tiempo.

—Aguarda —avisé—. No asomes. No quiero que te vea nadie conmigo. A partir de aquí, las cosas van a ser muy difíciles, muy duras para mí. Al doctor Zucco es posible que hubiera logrado convencerle. Callada, serenamente, hubiéramos intentado algo, lo que fuese. A Wray no existe forma humana de persuadirle de nada sensato. Como él mismo dice de sí, es demasiado reaccionario para ello.

—Tor Varno, el delegado, parece hombre ponderado, inteligente...

—Tor Varno es sólo eso: delegado del Gobierno. Hará lo que diga Wray, y evitará problemas al Gobierno. Y ahora, en estos momentos, querida, yo soy un problema para el Gobierno...

La despedí con una sonrisa y un gesto. Me dio alientos ver la expresión tensa, preocupada, de Velda Wolfe. Era ella, cuando menos, una de las pocas personas realmente amigas de que disponía aún. Ella

no. No me traicionaría por nada del mundo, estaba seguro de eso. Y la idea me gustó.

Salí a la calle. Es posible que mi rostro no se publicase en televisión, como el de un fugitivo de la justicia. Ellos lo harían más discretamente. No convenía dar publicidad al asunto, y no se la darían. Les sobraba gente leal y eficiente para tender una red extensa contra mí. Policía secreta, fuerza militar policial, agentes al servicio del Instituto Mundial de Crionización... Todas las fuerzas del poder político y económico, a la caza de un hombre.

Un hombre llamado Roy Dreyer, que podía matar su gigantesca gallina de los huevos de oro, el negocio de la muerte esperanzadora, el retorno a la vida y todas esas malditas y sucias zarandajas de las que todos, absolutamente TODOS éramos responsables ante nuestras conciencias para engañar a un mundo que soñaba, ¡pobre de él!, con una imposible segunda vida más larga, más placentera, más hermosa y llena de juventud, salud y todo eso.

Recordando a la desventurada Sybille, allá en mi vivienda, me estremecí de pavor, pensando qué sucedería con todos los demás...

Recorrí diversos puntos donde confiaba en hallar oculta a Sybille, pero fracasé. No la hallé en parte alguna. Dios sabía si vivía ya, si aquella piltrafa humana no habría concluido ya su miserable existencia en algún rincón, lejos de las miradas de todos...

Cansado, me detuve en una zona poco frecuentada de la ciudad. Me acerqué a una máquina de productos alimenticios, y eché unas monedas, sirviéndome café y unas cápsulas de alimentos concentrados.

Tomé todo ello precipitadamente. Estaba aún con el café, apurándolo ya para tirar el envase plástico, cuando ocurrió.

—Buenos días, señor...

Me volví, sobresaltado. El hombre era un invidente. Llevaba gafas negras como tal, un bastón eléctrico y caminaba rígido, pausado.

—Buenos días —saludé, receloso—. ¿Necesita algo?

—Sí, señor. Necesito tomar un vehículo... ¿Será tan amable de ayudarme a encontrar un helitaxi?

—Sí, gustosamente. Venga conmigo —le invité, preocupado por tenerme que acercar a una parada de helitaxis. Sin embargo, había una cercana. Procuraría no dejarme ver demasiado.

Caminé junto a él dos manzanas, hasta el acceso a una plataforma elevada, con el distintivo inconfundible de los helitaxis. Le situé en el camino recto.

—Aquí es —dije—. Sólo tiene que subir la rampa. Arriba hay ahora tres taxis-helicóptero. Puede tomar cualquiera de ellos. Todos están libres...

—Gracias, señor, muchas gracias —musitó, con énfasis, el ciego. Y aferró mi brazo, agitándolo con fuerza para expresar, aparentemente, su gratitud.

Sólo aparentemente. Apenas puso su férrea mano en mi brazo, me sujetó con firmeza, y alzó luego su bastón eléctrico, detector de obstáculos y personas, con la otra mano, fuerte y nervuda.

—¡A mí, socorro! —aulló—. ¡Ayudadme todos! ¡Es un ladrón! ¡Un miserable ladrón que quiere asaltarme!...

Tenía un vozarrón potente. Y unas fuerzas de titán. Era, ciertamente, un invidente, o hubiera obrado de otro modo. «Ellos» eran demasiado inteligentes para obrar de otro modo. Incluso eran capaces de tener agentes ciegos. Resultaba alucinante...

Luché sin rodeos con el invidente. Protestar o tratar de argumentar algo resultaba tan peligroso como improbable en lo óptimo de su resultado. Vi a los conductores de helitaxis, en lo que ellos consideraban solidaria y humanitaria tarea, corriendo en diversas direcciones, Dos venían hacia nosotros, para ayudar al ciego. El tercero pulsó el llamador de alarma.

Una maldita sirena comenzó a zumbar en toda la zona, avisando a la policía con la llamada de emergencia. Los dos taxistas, fornidos y decididos, corrían hacia mí. El ciego me descargó dos golpes de palo, y eludí el tercero, por el brutal procedimiento de empujarle, dándole a la vez un golpe tremendo en el hombro, que incluso le hizo perder su bastón.

Después, disparé contra él mi rodilla y, aunque era un fuerte luchador, pude alcanzarle en las ingles, en un punto muy doloroso, que le hizo soltar su presa con una imprecación.

Una vez suelto, mientras gritaban los taxistas y el ciego se retorcía de dolor, sollozando llamadas de angustia y de socorro, eché a correr resueltamente, sintiendo que la sirena de emergencia hería mis tímpanos.

En menos de quince segundos estaría bloqueada toda la zona por patrullas policiales de tierra y aire. Y yo, cazado inexorablemente en ella.

Los taxistas corrían tras de mí, y sus gritos atraían a otros ciudadanos. Incluso vi un helitaxi ocupado, que iba hacia la parada y, ante sus gestos, hizo girar sus aspas con rapidez, comenzando el helicóptero de alquiler su maniobra hacia mí.

Perdí el aliento en vano. Me iban a dar caza entre todos, de forma inexorable. Desesperado, buscaba una salida, la que fuese. Allí cerca vivía Dyan Tuska de soltero, y yo lo sabía. También Sybille había vivido por allí, y a causa de esa vecindad se habían conocido y llegado a casarse. Fue eso lo que me llevó a aquel punto de la ciudad, en busca de la muchacha desaparecida, pero...

En cuanto me arrestaran, iría a un centro policial. El resto era fácil. Me acusarían de intento de robo. El ciego mantendría su acusación. Era lo que necesitaban ellos: un pretexto. Ya nunca saldría de una celda. Y si hablaba, me pasarían a un centro psiquiátrico. De allí, jamás volvería a la vida.

Yo era un elemento peligroso. Debía ser eliminado a cualquier precio. A cualquiera.

Jadeante, desesperado, me metí en una callejuela. Era un antiguo pasaje comercial entre dos grandes empresas. Había una iglesia al fondo.

Una iglesia...

Tenía una cruz en aspa. El símbolo de los Hermanos del Espíritu.

Sería el último lugar del mundo adonde hubiese dirigido mis pasos, en busca de auxilio. Y eso, «ellos» lo sabían. «Ellos» siempre lo sabían todo...

No dudé. En la alternativa, era preferible una muerte rápida y brutal, a manos de los monjes fanatizados. Elegí ese camino. Rápido, salvé otro pasaje transversal. Muchos de estos templos estaban cerrados o arrasados. Este, no. Salvé la puerta. Me hallé dentro del templo, conventual y dé una sobriedad espartana. Entre columnas de piedra y muros dignos del románico.

Al fondo, un altar. Una cruz en aspa. Y un monje, de rodillas, orando entre dos altos cirios encendidos. Sobre el altar, un túmulo con un féretro. Avancé, impresionado. Los sonidos de la persecución me

llegaban lejanos ahora. La puerta de la iglesia se cerró tras de mí mansamente. Tardarían unos minutos en dar con el camino emprendido, posiblemente...

Llegué junto al monje en postura oratoria, de rodillas sobre unos escalones gastados, de vieja piedra. Descubrí a otro monje purpúreo en la caja fúnebre. Bajo la caperuza del único ser vivo en aquel templo brotaba un salmo, como una oración cantada, profunda y lenta.

Caí de rodillas a su lado. Miré al difunto, con el respeto que siempre causa la muerte, incluso la de un enemigo. Al situarme, rocé el cinturón del monje vivo. El tabaleo de los huesos humanos resonó sordamente bajo la alta bóveda...

—Hermano, me persiguen —susurré, en voz baja.

No se movió. No giró la cabeza. Siguió su salmo lento, cadencioso, triste. Luego, su voz profunda retumbó bajo la caperuza, de repente:

—Lo sé.

—¿Lo sabes? —le miré, sobresaltado—. ¿Cómo puedes saberlo?

—Es la sabiduría del que no necesita ver las cosas para comprenderlas. Tus pasos, tu modo de entrar... Eres uno de ellos.

—He sido uno de «ellos» —suspiré—. Pero tampoco soy uno de «vosotros».

—Oh, claro que no. Cuando el mundo se destruya, quizá entiendas. Ahora, no. Yo no puedo aprobar lo que otros Hermanos hicieron. Mira ese que yace ahí. Fue golpeado por la policía. Por «tus» policías... Está muerto. No dejaré que le hagan como a los demás. No permitiré que el Hermano Lukas vaya a esos horribles centros de congelación de cadáveres, como enormes frigoríficos de animales... Murió y será enterrado. Eso es todo. Si alguien intenta evitarlo, no le será posible.

—¿Cómo podrás evitarlo? Son legión. Son «todos». Las gentes crédulas, las autoridades, los ricos, los pobres, los tontos, los listos... TODOS, Hermano.

—Se pueden evitar las cosas, si uno desea evitarlas.

Si no se somete. Estoy dispuesto a morir junto al Hermano Lukas. Y ninguno podremos ir a sus malditos frigoríficos para esperar una absurda resurrección comercial... Hay un poderoso explosivo

ahí… Pone en acción un corrosivo, además… Nos destruirá a los dos, si vienen. Está dentro del cadáver de mi Hermano Lukas, ¿entiendes?

—¿Por qué me cuentas a mí todo eso? Podría estarte engañando, ser uno de «ellos» aún…

—No, no lo eres. Tu acento mismo te delata. Y tu modo de correr, de entrar aquí… Quieres escapar y ya es tarde. Demasiado tarde… No te dejan. No desean que escapes. Todo el que lo pretenda es un peligro para ellos…

—Hermano, van a entrar de un momento a otro… ¿Puedes hacer algo por mí?

—No tengo por qué hacerlo. Pero lo haré. No es nada seguro tampoco. Sin embargo, será mejor que nada Ven…

CAPITULO VIII

Sus pisadas resonaron lúgubremente dentro del templo. Se acercaron a nosotros…

—Eh, vosotros —sonó áspera una voz—. Venid.

Nos incorporamos. El Hermano y yo. Fuimos a ellos. Nos detuvimos ante ellos. La luz de los cirios hizo destellar los correajes e insignias de tres agentes de la Policía de Seguridad, armados y brutales.

—Un hombre ha huido en esta zona —dijo un policía—. Pudo ocultarse aquí.

—Sólo nosotros dos y el difunto Hermano Lukas, cuyo funeral se celebra en este momento, estamos aquí —habló mi acompañante.

—No os creo. Mentirosos y sarnosos bribones… Seríais capaces de cualquier cosa, hatajo de chiflados… ¡Habla de una vez, tú! O tu compañero, igual da. ¿Dónde está el tipo escondido?

—Revisad todo el templo. Os ayudaré —ofrecióse mansamente mi compañero—. Veréis cómo uno de nosotros nunca miente. Puede estar en la verdad o en el error…, pero no miente.

—Sí, vamos a registrarlo todo. Pero antes, vosotros dos…, ¡bajaos las capuchas, maldita sea!

Obedeció el Hermano, pausadamente. Apareció su rostro enjuto, su calvo cráneo, su mirada ardiente y triste a la vez, sus hundidas mejillas, su corvo perfil ascético…

—Eres muy viejo —refunfuñó el policía, despectivo, empujándole—. No eres tú. A ver, tú hermano o lo que sea ese fantoche. ¡Que se descubra rápido!

Tomé mi capucha con manos temblorosas. No de temor, sino de fingimiento. Bajé la caperuza. El policía se echó atrás, asqueado.

—¿A ti que te ocurre, maldito sarnoso? —rezongó, con repugnancia.

—Una enfermedad, hermano —dije, tristemente. Extendí mis

manos, en las que ahora eran visibles las llagas, las manchas purulentas… Sonreí al añadir—: Es contagioso, según dicen, pero sólo el Señor decide quién ha de enfermar y quién no…

—¡Apártate de mí, cerdo! —aulló el policía. Retrocedió, dando una seca orden—: ¡Registrad todo esto, pronto! ¡No dejéis rincón alguno por revisar, maldita sea!

Regresó junto a sus subordinados. Iniciaron la búsqueda. El primer lugar que examinaron fue el féretro del Hermano Lukas. Alzaron su caperuza, revisaron su cuerpo, comprobaron que nadie más estaba debajo…

El Hermano y yo, silenciosos, asistimos a sus maniobras, bajando de nuevo las caperuzas lentamente. La situación duró tiempo. Finalmente, se encaminaron a la puerta, malhumorados.

—Bloquearemos toda la zona —farfulló el oficial de policía—. No puede escapar. Quedad con Dios, si es que eso es posible, malditos seáis los dos…

Salieron del templo en tropel, manteniéndose alejados de nosotros. Nos quedamos solos él y yo. Bajé mi caperuza.

—Gracias —dije, empezando a despojarme de las cicatrices y manchas o estigmas dejados en mi rostro y manos por el plástico adhesivo, hábilmente utilizado. También la peluca de cabellos blancos y la falsa barba de igual color salieron con los demás afeites. Me sentí más aliviado. Parecía todo tan real, que llegué a sentirme como un leproso o poco menos—. Ha dado resultado…

—Ya lo dio otras veces —suspiró el Hermano—. Recuerda que también nosotros somos perseguidos. Y hace más tiempo que tú…

—Hermano, debo decirte algo ahora.

—¿Qué?

—Yo llegué a combatiros. A otros como tú, y…

—No sigas —me cortó—. No quiero arrepentirme de nada. No censuro ni defiendo a nadie. Déjame a solas con mi hermano muerto. Vete, y trata de salvarte, si es posible. Quizá hayamos estado equivocados en algo, pero no en todo.

—No, no en todo —acepté, perplejo, mirándole con gratitud y cierta simpatía—. Adiós…

—Que el Señor te guíe, si lo mereces aún —fue su grave despedida.

Me despojé de los hábitos de Hermano del Espíritu. Abandoné el templo, ocultándome en otro lugar hasta que se hizo de noche. Entonces me sería más sencillo romper el cerco policial. Y así ocurrió, aunque éste ya había disminuido mucho, quizá por andar buscándome en otros puntos de la ciudad.

* * *

Silenciosa y oscura era la casa. Aquella donde viviera Dyan Tuska.

Contemplé las ventanas sin luces, su ambiente desolado y triste. Quizá sería un buen refugio por un tiempo. Allí no se les ocurriría buscarme. No me relacionarían con Tuska, al menos en algunos días.

Forcé la entrada con una llave improvisada. Entré en la vivienda, decidido. Me preguntaba qué sería en estos momentos de Velda, de Dyan, su actual esposo..., y de Sybille.

En el vértigo de mi escapatoria, incluso había llegado a olvidar todo aquello que era la causa directa de mis dificultades actuales.

Procuré no encender luces ni hacer ruido alguno. El apartamento seguía amueblado, aunque lleno de polvo y de abandono, con olor a humedad por la falta de habitabilidad. Aun así, me encontré bien en él.

Había estado dos o tres veces en casa de Dyan, siendo él soltero, antes de su boda con Sybille. Me pareció que hacía siglos de todo eso...

Avancé hasta la estancia más interior de la casa, que no poseía aberturas ni a patios ni a la calle. Era un sitio seguro para habitar..., al menos de momento. Sin dar señales externas de vida, por otra parte.

Era un gabinete que Dyan dedicaba entonces a biblioteca y filmoteca de documentos filmados, con su proyector y ampliador de imagen correspondiente. Lo encontré, virtualmente a tientas, sin atreverme a encender ninguna luz. Cuando hallé la entrada a esa estancia que yo recordaba perfectamente, mi mano tanteó hasta hallar el interruptor de la luz.

Y la encendí.

Creo que hubiera sido mejor no hacer eso jamás.

Las cosas horribles, ignorándolas, pueden ser tolerables. Dicen que incluso el propio desastre lo es menos si uno cierra los ojos a él.

Lo que vi me dejó helado, trémulo, desgarrados mis sentidos por el horror más profundo e indescriptible que se puede imaginar.

La visión dantesca de Sybille, en mi vivienda, no tenía ni comparación con… con *aquello*.

—¡Oh, no! —gemí—. ¡No, Sybille, NO!…

Ella dejó de comer. Me miró, con su rostro deforme, monstruoso, corrupto, abierta su horrenda boca sangrante, casi sin encías ya…

Dejó de comer lo que tenía a sus pies para balbucear, con una voz estremecedora, ronca, inhumana, puramente animal… o algo peor:

—Oh, no… Roy, no… Nunca debiste… venir… Tengo hambre, ¿entiendes? TENGO HAMBRE…

Y se precipitó sobre su festín como un monstruo de pesadilla. Siguió comiendo, ante mis ojos desorbitados, mientras mi cabello se erizaba.

Siguió comiéndose… A DYAN TUSKA, MUERTO A SUS PIES.

CAPITULO IX

La náusea, el pavor, la incredulidad, eran tan grandes, que mi ser se conmovía de angustia, de incomprensión, de aturdimiento.

No supe qué hacer. No me moví. Estaba allí, quieto, mirando fijo una escena hedionda, horripilante, infrahumana. Y ni siquiera sabía cómo reaccionar, cómo evitar que «aquello» se consumara, que aquel trance delirante continuase...

Mi piel transpiraba copiosamente. Era un sudor frío, gélido como el vaho mismo de las cámaras de crionización. Mis piernas temblaban, negándose a sostenerme. Mi boca estaba seca, mis ojos dilatados, mis manos crispadas, hasta hincar mis uñas en las palmas, sin darme cuenta pese a la sangre de los arañazos profundos...

—Sybille... Sybille... —balbuceé repetidamente, como un niño torpe o como un atrasado mental.

No tenía valor para más. Ni para aproximarme a ella y cortar de raíz aquel horror. No, no podía hacer otra cosa que mirar, mirar de modo estúpido, inútil. Mirar el cadáver de un amigo que, antes, fuera el esposo de Sybille Wolfe. De aquella misma mujer que ahora le...

No pude continuar el hilo de mis pensamientos. Todo era demasiado espantoso. Antropofagia. Canibalismo... Claro que ni siquiera parecía ya eso. Sencillamente, «aquello» ya NO ERA Sybille. No se parecía en nada a la dulce, simpática, cariñosa criatura que murió un día, años atrás. Era, sencillamente, un monstruo.

—Deja eso —ordené roncamente—. Deja eso. No sigas, por amor de Dios. No comas. ¡No sigas devorando *eso*!...

Me miró estúpidamente desde sus ojos colgantes, redondos, sin párpados ni piel en torno, brillando en un fondo fétido de pus y de putrefacción.

—Roy, lo siento... —jadeó—. No tengo culpa... Quiero comer... Tengo hambre... Hambre... y él no... no es el primero...

Retrocedí, angustiado. No era el primero... Ni siquiera eso.

Dyan Tuska había sido muerto de un golpe brutal. En el suelo, había un objeto de bronce, un adorno. Manchado de rojo, con señales

de cabellos…

Ella debió golpearle, cuando Dyan acudió a su vieja casa. El se ocultaba allí. Ella había tenido la misma idea, para no ser hallada. Y aquel encuentro terminó… de este modo.

—Sybille… —musité—. Hay otros alimentos…

—No… —Su voz era un largo murmullo ronco, como el jadeo de un animal. Sus miembros descarnados y purulentos eran de pesadilla —. No, Roy… Sólo esto… Sólo deseo esto…

La cabeza me dio vueltas. Era una mutación. Una horrenda mutación hacia un estado puramente animal, salvaje y feroz. Eso, en cuanto a apetitos y sentimientos. En lo demás…, era la corrupción lenta y terrible de un cuerpo vivo. Una vida prestada a la que acaso no teníamos derecho. Cuando menos, no aún…

Una vida un millón de veces peor que la más horrible de las muertes.

Y aquellos locos estaban desatando una auténtica fábrica de monstruos, si esto se repetía, si esto era cierto, y no solamente un caso aislado o un fenómeno único.

Iban a llenar el mundo de monstruos voraces, de seres putrefactos y caníbales…

—Sybille —susurré—. Vendrás conmigo. Te llevaré adonde puedas saciar tu apetito. Y lo haré gustoso, vaya si lo haré. Pero tienes que venir, ¿entiendes? ¡Tienes que dejar *eso* y venir!

—No, no, Roy… —se apartó, encogida como un animal, sus ropas sucias, ensangrentadas, hechas jirones—. No iré a ninguna parte. Me quedo aquí…

—Pero… ¿es que no entiendes? —rugí—. ¡Quiero ayudarte! Yo colaboré a que esto sucediera, y debo colaborar también a evitar que se repita… Deben examinarte, estudiar tu caso… Te curarán, ya lo verás… Volverás a ser la misma Sybille de antes… y evitaremos que a otros les suceda igual que a ti…

Era horrible mentir. Pero era necesario. Sin embargo, también resultó inútil.

—No, Roy —repitió—. Me quedo.

—Podría hacer venir a otros aquí, y no lo hago. No lo hago para

que no te ataquen sin hacer preguntas. Te llevaré yo mismo al Centro, te atenderán debidamente. Es fácil todo, Sybille…

—Me quedo, Roy. Y tú… *tú también*.

Sentí un escalofrío. La forma de decirlo ella, de mirarme… No, no era posible lo que yo estaba pensando.

—Sybille, me quedaré siempre contigo, si es preciso —dije, insinuante—. Pero tendrás que acompañarme, fiarte de tu amigo Roy…

—Me quedo. Y tú te quedas… Me acompañas… *aquí*. ¿No lo entiendes, Roy? —sonrió, con aquella espeluznante boca suya, descarnada y horrible—. Sigo… sigo SINTIENDO APETITO… No será bastante… Dyan no será bastante…

Mi piel era hielo puro, mis cabellos se erizaban en el paroxismo del terror. Era eso. Lo que yo me temía. Insaciable, cruel, devoradora… Capaz de aniquilar a todo ser conocido. Un auténtico monstruo, sin apenas relación ya con la Sybille Wolfe que existiera antes de la crionización.

—Dime… dime una cosa —musité, empezando a retroceder, muy lentamente.

—¿Sí, Roy? —y ella se irguió, avanzó algo agazapada, *siguiéndome*. Sin quitarme sus horripilantes ojos de encima.

—Dime cómo… empezó todo… eso —musité—. Puede servir… de orientación…

—¿Mi estado actual? —Una especie de sonido gorgoteante, que acaso pretendía ser una risa, escapó de sus dientes de calavera—. Oh, apenas nada, Roy… Unas manchas azuladas en las mejillas y en los ojos, en las uñas de las manos, en los senos… Eso avanzaba lentamente. Una especie de musgo azul… que se apoderaba de todo. Empecé a oler mal. A podrido, Roy… Mi cabeza… me dolía. Notaba que pensaba… de otro modo. Me descomponía. Del todo, Roy. Mi cuerpo, mis sentidos, mis ideas…

Yo retrocedía. Ella avanzaba hacia mí. Su mano descarnada y azul había empuñado la misma arma terrible que descargara sobre Dyan para matarle, antes de su festín alucinante. Y no había duda: iba a utilizarla también conmigo…

—Escucha esto, Sybille… —supliqué, dominando como pude mi terror, mis ansias de huir, de escapar de allí como fuese…

—¿Sí, Roy? —era una perversa, inhumana forma, reptando hacia mí, con mucha astucia, cerrándome toda posible salida. Bloqueando mis movimientos, en suma.

—¿Por qué..., por qué... de tus gustos de ahora, de todo... esto? —pude decir.

—No sé. Tú deberías saberlo. Todos los que me volvisteis a la vida... ¡La vida!... Es hermosa, ¿verdad, Roy? Muy hermosa...

Traté de huir. Era preciso. Imprescindible.

Ella lo supo. Exhaló un alarido infrahumano, bestial. Brincó sobre mí, despidiendo una vaharada nauseabunda a carne corrompida. Era el suyo un hedor frío, gélido, como salido de una tumba repleta de cadáveres en putrefacción.

Vi venir el objeto de bronce con tremenda fuerza. En su actual mutación monstruosa, era indudable que estaba dotada de un vigor físico inaudito.

Salté de costado. Me rozó con el metal, que fue a estrellarse en el muro, desgarrándolo. Con un alarido feroz, se revolvió, buscándome sus ojos llameantes, ávidos. Sybille ya había dejado de ser humana. Sus últimos vestigios como tal habían desaparecido de aquel cuerpo horrible.

Había logrado acercarme ahora a la puerta. Aunque me lanzó a la vez el objeto de bronce a la cabeza y su zarpa izquierda a los ojos, evité ambas cosas, en un esfuerzo supremo, logrando eludirla y correr a la puerta.

Ella se lanzó tras de mí, exhalando rugidos furiosos. Yo corrí cuanto me fue posible, a través de la casa desierta. Salvé obstáculos, muebles, que fui echando luego atrás, en el camino de ella.

Con sorprendente fuerza y vitalidad, los apartaba a empellones, sin caer, persiguiéndome inexorablemente. En estos momentos, sentirse perseguido por la policía o por los Hermanos del Espíritu me parecía como un sueño agradable.

—¡No escaparás! —la oí rugir—. ¡No escaparás! ¡Tengo hambre!...

Ni siquiera podía sentir odio hacia aquella criatura que parecía surgida del mismo Averno. Después de todo, ella no era así. No había sido así, ni fue su culpa convertirse en lo que ahora era. Esa sí que era *nuestra* culpa...

Alcancé la salida del edificio. Logré abrir, aunque se atascó angustiosamente la puerta. Salté a la calle, solitaria en la noche. Tras de mí lo hizo ella, Sybille Wolfe… o lo que fuese ya «aquello».

No iba a cesar la persecución alucinante ni tan siquiera en las calles…

Corrí cuanto me fue posible, buscando las rutas más idóneas para mí y más complicadas para ella. No se despegaba de mí. Parecía fuerte, vigorosa y…, además, endiabladamente rápida. Aquella mutación horrible la había cambiado de forma radical. Era una especie de fiera suelta. La peor de las fieras, sin duda alguna.

Al volver una esquina, encontré mi salvación. Y, a la vez, mi perdición sin dudarlo.

Pero aun así, elegí sin vacilar.

—¡Por el amor de Dios, deténganla! ¡Es una mujer, aunque no lo parezca! —grité, exasperado, señalando atrás, a la figura dantesca, de ropas hechas jirones, de cuerpo putrefacto, de faz horrenda, de ojos ardientes y crueles, de brazos y piernas descarnados, de fétido olor.

Ante mí, tan horrorizados como yo mismo, los componentes de la patrulla uniformada se quedaron como petrificados, sin saber qué hacer. Luego, alzaron sus armas, decididos.

—¡No, no la maten! —aullé—. ¡Ha sido un ser humano! ¡Es preciso investigar en ella! ¡No le hagan daño!…

No me oyeron. O, si me oyeron, no les fue posible tampoco hacer otra cosa. Lo cierto es que sus armas crepitaron en la noche, cuando ella, hecha un animal furibundo, saltaba hacia ellos, con sus manos engarfiadas.

La acribillaron horriblemente, en el aire. Cerré los ojos para no ver la escena. Pero sentí su alarido largo, ronco, inhumano, su tremendo golpe en el suelo, sus estertores de fiera agonizante. Los soldados la remataron inexorablemente, con otra descarga. Con unos jadeos terribles, ella dejó de existir…

Abrí los ojos. Ni siquiera sangre brotaba ya de aquel cuerpo, sino un pus, una materia oscura y purulenta…

Me aproximé al cuerpo acribillado. Estaba boca abajo. Parecía cualquier cosa menos el cadáver de una mujer joven, hermosa y dulce. Sentí asco, horror de todo. Incluso de mí mismo.

Me aparté. Vomité. Al incorporarme, enjugando el sudor frío de mi cara, me encontré con el rostro severo de un militar. Unas armas me encañonaban, rígidas, dispuestas a seguir disparando.

—Es usted Roy Dreyer, ¿verdad? —preguntó el patrullero—. Funcionario del Centro de la Salud.

—Sí, lo soy —afirmé, con voz ahogada, incapaz ya de intentar nada por evadirme.

—Síganos, entonces. Está arrestado, señor. Si intenta evadirse, tenemos orden de tirar a matar.

—Sí, lo imaginaba —me limité a asentir, tristemente.

Y me dejé conducir por ellos adonde fuese. A un lugar del que sabía que ya nunca volvería más a la libertad, a la vida.

CAPITULO X

—¿Insiste usted en esa absurda declaración, señor Dreyer?

—Sí, mayor —afirmé, con sequedad.

—Es ridícula —sostuvo el mayor Stan Mandel, de las Fuerzas Armadas de la nación.

—Usted mismo ha visto esos despojos humanos, mayor —le recordé.

—Cierto. Pero nadie podría identificar en ellos a... a Sybille Wolfe, la bonita chica que resucitó hace unas cuantas semanas...

—Era ella, sin embargo.

—Ningún ser humano se transforma en... en «eso» —rechazó el militar, secamente.

—Cierto. Ella lo hizo. Y eso confirma mi teoría. —¿Qué teoría?

—La de una mutación, mayor.

—¿Mutación? ¿Cuál?

—Algo provocado por la crionización, por las drogas, por los años de espera en esas cámaras congeladoras... o por todo ello junto. Hay que hallar la causa. Pero eso significa detener el proceso de resurrecciones.

—Imposible. Está en marcha. Hoy han sido resucitadas otras cien personas, Dreyer.

—Cien más... —me tapé el rostro—. Dios mío, qué horror...

—Puede ser, además, un caso aislado, suponiendo que usted esté en lo cierto.

—Claro que puede serlo. Pero debemos estar seguros antes de nada, ¿no lo comprende? De otro modo, invadiríamos el mundo de... de «cosas» así. Algo falla, estoy seguro. Creemos saberlo todo sobre el ser humano, sobre la vida y la muerte..., y tal vez no sea así. Una naturaleza humana quizá no sea la misma cuando sale de esas cámaras congeladoras.

—Lo siento, Dreyer. No puedo hacer nada por usted. Tengo órdenes tajantes. Pasará a la jurisdicción civil ahora mismo. A la criminal, para ser más exactos. Allí le acusarán formalmente de una serie de delitos, terminando con el de rebelión contra su Gobierno. Espero que su fantástica historia le sirva de algo. Va a necesitarlo, porque si insiste en esa historia, pueden confinarle en un centro psiquiátrico. Y si reconoce sus culpas, nada le librará de varios años de prisión.

—Los suficientes para que la gran operación termine… y la empresa criónica se canse de amasar millones y aumentar su poder en el mundo. Mayor, lo peor de todo es que estamos controlados todos por una simple empresa comercial, por muy alto que sea su poder económico y político.

—Yo no puedo hacer nada por usted. Pierde su tiempo tratando de soltarme sus discursos revolucionarios.

—¡Es la verdad, no un discurso ni una posición política! —grité —. ¿No se da cuenta de ello, mayor? ¡Vaya a ver a esa otra gente, a los demás que fueron resucitando! ¡Compruebe si ofrecen esas manchas azules en sus rostros y uñas, en sus cuerpos! ¡Vea si surge una huella, por leve que sea, de musgo azul…, y tendrá la prueba precisa para acusar de fraude y de mentira criminal al Instituto Mundial de Crionización, e incluso a gobernantes y autoridades civiles!

El mayor se quedó imperturbable, viéndome salir, entre dos de sus soldados. No me hizo el menor caso, eso era evidente. Había perdido la batalla final.

Ahora estaba en manos de mis enemigos. De unos enemigos fríos, despiadados, que procurarían silenciar mi voz para no detener el curso de la «Operación Lázarus» en todo el mundo.

Todos los países estaban iniciando ya sus resurrecciones masivas. Pronto el mundo entero estaría saturado de monstruos, si el caso de Sybille Wolfe se repetía…

Y yo no podía hacer nada. Sólo confiar en un milagro.

Pero nunca he tenido demasiada fe en ellos…

* * *

—Bien… —el doctor Skelton Wray me contempló con expresión placentera—. Al fin volvió, ¿eh, Dreyer?

Le miré con fría ira. Gustosamente le hubiera escupido a la cara, pero eso no arreglaba nada. Y ya mi situación era lo bastante difícil por sí sola.

—Me trajeron, que no es igual —dije, sibilante—. Nunca hubiera vuelto por mi voluntad.

—Oh, lo supongo. Siempre se sintió muy independiente, muy rebelde... Ya ve ahora. Está en manos de la ley. Van a ser duros con usted.

—Tampoco me sorprende mucho eso. Es lo natural en estos casos. Si no hay cargos, se inventan. Si no..., se asesina. Todo menos permitir que una denuncia pública destruya un negocio tan saneado, ¿verdad, doctor?

—Es usted un necio y un loco —masculló el médico que dirigía ahora la «Operación Lázarus» en nuestro país. Se inclinó sobre mí—. ¿Qué esperaba? ¿Despertar conciencias, gritando por las calles? ¿Qué ganaría el mundo con eso? Hundir el sistema de crionización con una alarma infundada significaría la ruina de muchos países.

—Oh, sí. Y de muchas personas e instituciones —acusé, tajante.

—Bien, ¿y qué? Personas, instituciones, pueblos, naciones. Todo eso forma nuestro mundo, le guste o no, Dreyer. No podemos derrumbar cuanto se ha hecho y levantado, sólo por un caso aislado que mucha gente exageraría, como usted ha hecho, desprestigiando a nuestra sociedad toda.

—¿Caso aislado? ¿Está seguro de eso, doctor Wray?

—¡Sí, lo estoy! —me gritó él en la cara.

—¿Lo ha comprobado ya?

—Todo está comprobado. Los demás resucitados gozan de buena salud. Nada les ocurre de particular, y viven felices en sus domicilios de adaptación. No hay el menor motivo de alarma. Sólo usted, maldito visionario, estuvo a punto de echarlo todo a rodar. Sabe que eso no se le puede consentir. Caiga quien caiga, se ha de mantener el orden y la seguridad, el equilibrio total.

—Caiga quien caiga... Me suena esa frase, doctor.

—También la hago mía, Dreyer —sonó, suave, la voz de Tor Varno, delegado del Gobierno, entrando éste en el despacho policial donde tenía lugar nuestra entrevista.

—Usted... —le miré, irritado—. Otro cómplice más en esta conspiración a escala mundial...

—Dramatiza las cosas —rió Varno, despectivo—. Si todos pensaran como usted, incluso el Gobierno llegaría a tambalearse...

—Es que todos pensarán como yo el día que sepan lo ocurrido —rechacé.

—Nunca se enterarán. No podemos correr ese riesgo. Usted es un caso aislado. Bien. Se destruye ese caso y listo. No hay peligro de que nadie más sepa lo que usted dice saber.

—¿Llegarán al asesinato, Varno, en nombre de la ley y el orden?

—No hará falta tanto —sonrió él—. Tenemos métodos más sutiles e igualmente eficaces, Dreyer. Va a ser usted examinado por un grupo de psiquíatras. Es posible que le encuentren algo raro, y le envíen a observación a un centro especializado. Podremos alargar esa observación unos cuantos meses. Se le inyectará diariamente un sedante, se le medicará adecuadamente, antes de trasladarle, si es un caso positivo de demencia, a un establecimiento donde permanezca recluido hasta el fin de sus días...

—Entiendo. Y cuando termine el período de observación, estaré tan loco que no habrá la menor duda al respecto. Porque la «medicación» habrá sido la adecuada para que mi mente se vaya trastornando de un modo paulatino.

—Eso será lo que usted piensa, lo que usted repetirá una y otra vez allí dentro —me sonrió Tor Varno, beatíficamente—. Desde luego..., nadie más afirmará una cosa semejante.

—¿Y cuando haya otros casos? Cuando aumente el número de mutaciones monstruosas en los resucitados..., ¿qué harán?

—Vamos a controlar minuciosamente eso. Si se repite algún caso, el paciente será eliminado sin dolor, y se hallará la explicación adecuada al caso. No tema. Es cosa nuestra...

—¿Y si esas mutaciones son MASIVAS? ¿Y si TODOS se transforman e invaden la vida pública?

—No sucederá, palabra —suspiró Tor Varno—. Está usted dramatizando. Habrá algunos que no serán los idóneos para el caso, pero eso no ofrece problemas. Ya le dije que tenemos la solución. Los demás serán personas normales, como todos.

—Y el negocio seguirá adelante, cada vez más próspero. El gran complot será la base de la legalidad y el orden establecido —acusé, furioso.

—No discutiré con usted nada de eso, Dreyer. Solamente daré la orden pertinente para su traslado a la revisión psiquiátrica. Cuanto diga, ya sabe que no hará sino complicar más su situación y justificar a los médicos.

Apreté los labios con ira. Solamente atiné a decir una cosa:

—Cobardes...

Tor Varno y el doctor Wray sonrieron, saliendo juntos de la oficina policial. Ya en la puerta, les detuvo un agente, con un recado susurrado. Ellos se miraron entre sí. Luego, me miraron a mí.

—Que entre —dijeron—. Puede verle. Vigilen lo que él dice. Según lo que sea..., habrá que buscar también algún pretexto para confinarla a ella...

Me estremecí. Al ver aparecer a Velda Wolfe en la puerta, mi pánico fue aún mayor. Pero no era por mí, sino por ella...

* * *

—Velda... —susurré—. ¿Qué haces aquí?

—Me enteré de tu arresto —dijo ella, con ojos acongojados—. La televisión ha dado ya un boletín al respecto. ¿Es cierto todo, Roy?

—¿Qué es «todo»? —me interesé vivamente.

—Dicen que eres culpable de agresión con robo, de un sinfín de violencias e incluso sospechoso del asesinato de Dyan...

—¿Eso dicen? —enarqué las cejas, perplejo, sobresaltado. Me dominé—. No te preocupes demasiado por mí, Velda. Es mi propio problema.

—No puedo creerlo, Roy. ¡Tú no pudiste matar a mi esposo! —gimió Velda.

—¿De qué servirá decirte que no, si no puedo probar nada? —eludí, cuidadosamente, para no comprometerla en nada—. Espero que me crean. Entonces hablaremos.

—Roy... —me contempló, fijamente—. ¿Y Sybille? ¿Apareció ya?

Dominé con dificultades mi ira. De modo que todo eso eran capaces de hacer. Ocultar el hallazgo de Sybille, el hecho de que ella asesinó a Dyan... El complot era perfecto. Incluso Velda parecía dudar de mí.

—Vi a Sybille —dije, encogiéndome de hombros—. Pero escapó de nuevo. No sé más, Velda.

—Roy, no me dices nada, no protestas siquiera por tu detención, por las acusaciones. Hablas como... como si fueses culpable y no hubiera salida posible.

—Tal vez sea así, a fin de cuentas —acepté.

—No puedo creerte, Roy —sacudió la cabeza, mirándome fija—. Todo esto es demasiado horrible. Y extraño, a la vez.

—Deja que las autoridades lo aclaren. Ellos saben mejor que nadie lo que se ha de hacer. No te metas en esto, Velda.

Ella se irguió. Me contempló, aturdida. Le parecía imposible que ya hablara así. Y el dolor que me producía hacerlo, ella no podía ni imaginarlo siquiera...

—Está bien —suspiró—. Me marcho, Roy. Había venido a intentar ayudarte en algo, pero veo que ni siquiera quieres ayuda.

—Nadie puede ayudarme —la miré fijamente, como tratando de darle un mensaje—. Nadie. Ni siquiera tú. Adiós, Velda. Posiblemente nunca más nos veamos. No pienses demasiado mal de mí.

Ella no pareció entender nada. Dominando un sollozo, abandonó la oficina.

El policía que grabara la entrevista la repitió en la cinta magnética, minuciosamente. Luego, se encogió de hombros, inclinándose sobre su interfono.

—Dejen salir a la chica —habló—. No sabe nada comprometedor.

Después, el agente me contempló, pensativo, y meneó la cabeza de un lado a otro.

—La fiera se amansó, ¿eh? —dijo entre dientes, irónico.

—¡Vete al infierno! —mascullé, nada amansado.

Me valió un bofetón seco y rotundo; pero esos golpes físicos ya

no me hacían daño alguno.

* * *

El vehículo blanco, aséptico, herméticamente cerrado, me condujo a un edificio también blanco, rodeado de una alta verja. Cuando salí del mismo, entre cuatro enfermeros de uniforme celeste, nos esperaba un hombre alto, canoso y frío, rodeado de otro grupo de hombres. Todos vestían uniforme del Centro Psiquiátrico.

—Bien venido a su nueva casa, señor Dreyer —saludó, irónico, el más alto y severo de todos ellos—. Soy el doctor Zeller Nitribitt, del Servicio Especial de Psiquiatría y Criminología Neurológica. Considéreme un amigo.

—¿Un amigo? —dudé, sin estrecharle siquiera la mano que me tendía.

Ellos cambiaron una mirada entre sí. Los enfermeros esperaban pacientemente.

—Pueden retirarse —dijo el doctor Nitribitt—. Es nuestro paciente ya. Sabremos ocuparnos de él.

Dio una suave palmada. Aparecieron dos enfermeros de uniforme verde suave, que se hicieron cargo de mí, introduciéndome en el resplandeciente establecimiento psiquiátrico.

Afuera, el coche sanitario hermético partió con los enfermeros del Centro de la Salud Nacional. Me dejaron solo, en un vasto salón, blanco y luminoso, ante una mesa semicircular, en la que permanecían, sin sentarse, los seis hombres que me recibieran.

—¿Ya sabe a lo que viene aquí, señor Dreyer? —preguntó el doctor Nitribitt.

—Por supuesto, doctor —dije, sarcástico—. Usted espera ahora que me deshaga en protestas de inocencia, que clame por mi salud mental y todo eso, ¿no es cierto? Pues no voy a darles esa satisfacción, señores. Saben perfectamente que estoy sano y que esto forma parte de un complot a escala mundial para mantener en secreto algo que podría cambiar toda la sociedad actual, basada en las leyes sobre crionización y en el poder económico y político de esa entidad colosal. De modo que abreviemos, dejemos de lado las ficciones y las hipocresías. Enciérrenme, vayan preparando mi tratamiento para volverme loco de verdad, si es que ya no lo estoy desde que vi ante mí a ese desgraciado deshecho humano que era Sybille Wolfe tras su

mutación... y dejemos las charlas y las ironías para otra ocasión.

—Es usted muy belicoso, señor Dreyer —comentó Nitribitt, tajante.

—Mucho, doctor. La vida me enseñó a serlo, en especial en estos últimos días. Llevo luchando varias semanas con los Hermanos del Espíritu y su fanatismo, con el «Proyecto Lázarus» y sus demenciales resultados; con la policía, con los soldados, con los agentes del Instituto de Crionización... y con Sybille Wolfe, convertida en un monstruo terrible y despiadado. Es demasiado. Estoy harto de luchar. Me rindo ya, caballeros. Quizá, después de todo, sea mejor así. Cuando menos, encerrado en un establecimiento así, perdida mi razón por completo..., no tendré que asistir a un horror mil veces peor que la mayor de las demencias.

Hubo un silencio. Se miraron todos entre sí. Tras la pausa, el doctor Nitribitt habló, con voz grave:

—¿Es todo lo que tiene que decir, antes de pasar a la revisión psiquiátrica total?

—Todo, doctor —dije, escuetamente.

Y me hundí en un silencio pasivo.

El doctor Zeller Nitribitt sonrió lentamente. Meneó la cabeza.

—Tal y como me figuraba —dijo con voz profunda—. Está usted tan sano como todos nosotros, señor Dreyer.

No respondí. Era un sarcasmo odioso, insultante.

—Sólo que está agotado —dijo, otro de los médicos especializados—. Harto de luchar, como usted mismo ha dicho...

Le miré, indiferente. Les odiaba a todos. Pero eso no debía importarles mucho.

Inesperadamente, Nitribitt hizo un gesto a los dos enfermeros de verde pálido. Estos se apartaron de mí, dejándome solo. El médico avanzó hacia mí, resuelto.

—No tema nada, Dreyer —dijo—. Está entre amigos.

Y tras esa asombrosa información, aparecieron, en la puerta del fondo, dos personas que yo conocía bien.

El mayor Stan Mandell, de las Fuerzas Armadas... y Velda Wolfe.

CAPITULO XI

—¿Qué significa...? —comencé, aturdido.

—Significa que estamos con usted, Dreyer —dijo el mayor Mandell, avanzando hacia mí y tendiéndome su mano—. Posiblemente estemos también todos unidos, si esto fracasa... ante el piquete de ejecución.

Rió su propio comentario, aunque no parecía gracioso, y yo también sentí ganas de reír. Sobre todo, al estrechar su mano, y ver la sonrisa en el rostro sereno de Velda.

—Creíste que perdía mi fe en ti, ¿verdad, Roy? —murmuró ella.

—Creí todo lo peor. ¿Qué esperanzas podía tener?

—Yo te entendí. Vi que no querías comprometerme. Y que todo era falso.

—Pues lo fingiste muy bien —masculló—. Te felicito, Velda. Pero... no entiendo del todo. ¿Qué sucede? ¿Es... una conspiración, mayor Mandell?

—Es algo más que eso. Es un golpe militar. Clandestino, por el momento.

—¿Quiere decir que...?

—Quiero decir que tenemos la prueba necesaria para convencernos de que el mundo todo está siendo manipulado por intereses egoístas, controlado por un monopolio colosal, que tiende sus tentáculos por todas partes. Estamos en contacto con otras fuerzas armadas de diversos países. Hace tiempo que temíamos algo así, pero nos faltaban evidencias. Esto va a ser muy duro para iniciarlo sin pruebas concretas.

—¿Y la prueba...?

—Usted, Dreyer. Su confesión, la presencia de aquella «cosa» que era la hermana de la señorita Wolfe... Y todo lo demás. Ahora, al saber la clase de proceso que iban a hacerle, tomamos nuestras medidas. Hemos ocupado secretamente este establecimiento, encerrando a sus auténticos médicos y empleados. Todas las medidas

están tomadas. Seguimos a la señorita Wolfe cuando abandonó el centro policial. Tras comprobar que no era seguida, la abordamos y trajimos aquí. Nos dimos cuenta de que también está convencida de su razón, Dreyer.

—¿Qué van a hacer ahora?

—Descargar nuestro golpe militar preciso. Todo coordinado en diversos lugares del mundo. Los países más importantes, en principio.

—¿Y la crionización?

—Hemos vigilado a los diez resucitados, siguientes a Sybille Wolfe. Los mantienen controlados por agentes del CWI. Pero descubrimos con teleobjetivos a los ocupantes de esas viviendas. Sus temores son ciertos, Dreyer. Todos ofrecen ya estigmas azulados. Dos de ellos están siendo tratados por médicos del Centro de la Salud. Creo que están en pleno proceso de mutación.

—Se descomponen todos... —susurré.

—Sí, Dreyer. Absolutamente todos, según parece. La naturaleza humana no soporta ese juego entre la vida y la muerte. Algo falla, y es suficiente. No vamos a consentir que el mundo se pueble con una legión de tarados y de monstruos que terminarían devorándonos. Un destacamento militar va a asaltar esas viviendas. Apresará a los resucitados. Los llevará a la estación de televisión mundial, que será ocupada militarmente también en las primeras horas. Todo el mundo verá los efectos de la crionización. Tenemos medios de conseguir el cadáver de Sybille, aunque pretenden destruirlo. Un agente nuestro está intentando recuperarlo. Si es así, lo ofreceremos también en la televisión, al mundo entero. En cuanto tengamos el apoyo de todo el pueblo civilizado, será difícil que triunfe.

—Sí, sólo es preciso eso, mayor: la verdad. Con la verdad, abriremos los ojos a los que sueñan en esa segunda vida hipotética, llena de juventud, vigor y salud. Era una hermosa promesa, pero sólo eso: una promesa imposible de cumplir.

—Después, Dreyer... vamos a destruir todo el stock mundial de cadáveres congelados.

—¿Qué? —me estremecí.

—Sí, Dreyer. Lamento que usted tenga allí un ser querido, como casi todos —habló humanamente el mayor Mandell—. Yo también tengo a mis padres, a un hermano... Pero eso no debe significar nada.

Tuvimos una esperanza, y ésta se desvaneció. Vamos a actuar. Será arrasado todo. Millones y millones de infortunados que dedicaron su vida al ahorro para pagarse ese lujo obligatorio, ahora serán aniquilados con bombas nucleares. No hay otra solución. Hibernópolis debe desaparecer.

—¿Saben ya dónde está?

—Nuestros servicios de Inteligencia lo descubrieron —asintió—. En un lugar del Polo Norte, donde fingen tener un centro de investigación geofísica... Son galerías y galerías de cadáveres alineados, hangares de naves funerarias... Una especie de colosal, ingente Valle de los Muertos, Dreyer. Allí tenemos a nuestros seres queridos, que deberán ser bombardeados brutalmente.

—Claro, mayor. No se preocupe por mí. Ni por usted. No nos hubiera gustado ver a los que amamos... convertidos en algo tan terrible.

—Eso, seguro —afirmó, grave el gesto, el militar—. Ahora, vamos ya. Usted, Dreyer, nos acompañará si lo desea. Como técnico del Centro de la Salud, puede sernos muy útil en todo...

—Cuenten conmigo —prometí—. Incondicionalmente.

—Y conmigo —ofreció Velda.

—Señorita... —la miró el militar—. Si fracasamos, todos seremos ejecutados por las autoridades civiles, recuérdelo.

—No olvido nada —sonrió ella. Me miró, alentadora—. Sólo tengo un amigo ahora: Roy Dreyer. Donde él vaya iré yo...

—Gracias, Velda —susurré.

Y así comenzó la fase final de mi lucha.

De nuestra lucha, en suma. De la lucha del hombre por sobrevivir a algo siniestro que le llegó a dominar desde la sombra. El enfrentamiento a un poder mundial insospechado. A una fuerza basada en una fe ciega en una segunda vida mejor, en este mismo mundo.

Sin pensar que quizá esa otra vida mejor no estaba precisamente aquí...

* * *

Era pavoroso.

Cuando llegué, con la segunda fuerza militar, a la ya ocupada zona de los resucitados, aquellos diez casos eran desesperados.

Dos de ellos fueron muertos a tiros, cuando intentaron arrojarse sobre los soldados para devorarlos, transformados en horripilantes deshechos humanos, ávidos de canibalismo.

Los otros ocho... tendrían que ser igualmente sacrificados, del modo más piadoso posible. Me causó dolor, pena inmensa, ver a aquellos artistas, políticos y científicos de otra época, sufrir aquella agonía lenta de la descomposición física y mental, para cuyo triste destino habían esperado tantos años en sus cápsulas criónicas...

Antes, las fuerzas militares insurrectas, llevaron a los desdichados ante las cámaras de televisión de la estación controlada. Todo el mundo recibió las estremecedoras imágenes de unos deshechos indescriptibles. Y de los cadáveres de otros seres en peor estado todavía. Unos médicos militares, con el doctor Nitribitt al frente, explicaron al mundo el proceso evolutivo de aquella horrible mutación, provocada por alguna descomposición interna, no descubierta por la ciencia, en el sistema criónico.

El horror mundial, sin duda, sería la peor de las armas contra el todopoderoso y gigantesco CWI.

Entre tanto, noticias de urgencia transmitieron al mundo que aviones de las Fuerzas Aéreas de varios países aliados, estaban bombardeando masivamente Hibernópolis, reduciendo a cenizas y polvo los cuerpos en espera de su segunda vida en el mundo.

En las ciudades importantes del mundo empezaron a producirse levantamientos civiles. Gobernantes y políticos destacados buscaron en la fuga su salvación. Fueron arrasadas por las turbas enloquecidas y furiosas, las oficinas y centros o sucursales del Instituto de Crionización Mundial, y todo el orbe se convulsionó con las noticias, cada vez más precipitadas y dramáticas, de la situación internacional.

Los últimos cien resucitados no querían ser conducidos a los Centros de Salud, pero fueron obligados por las fuerzas militares. Allí, desgraciadamente, se comprobó que ya en los primeros días de «vida», se iniciaba la aparición de algo mohoso en la dermis, que paulatinamente emergía a la epidermis, comenzando a devorar al ser humano. Los órganos cerebrales, afectados por masas de ese mismo extraño musgo corrosivo, que todo lo pudría a su paso, terminaban por relajarse y corromperse, alterando totalmente al ser viviente.

No sé lo que hicieron con ellos. Ni lo pregunté. Pero lo imaginé sin dificultades. Sólo lo lamenté por ellos. Por los desdichados que no habían pedido vivir de nuevo… y que ahora habían conocido un horror mayor que la misma muerte.

Recuerdo que, finalmente, incluso la central del Instituto criónico tuvo que ser bombardeada, al resistirse dentro de ella agentes, empleados y altos funcionarios, con armas inclusive.

El destrozo fue total. Los supervivientes que se entregaron pasaron todos a prisiones militares.

El golpe de fuerza dio resultado, por tanto. Se detuvo la «Operación Lázarus» en todo el mundo. La gente olvidó que podía intentar una nueva vida en un futuro más o menos lejano. No quería nadie repetir la experiencia, evidentemente.

Esa era nuestra mejor victoria.

La victoria de unos hombres que intentamos evitar un mundo peor. Y que, al parecer, lo habíamos conseguido.

CONCLUSION

—Todo ha pasado, Roy...

—Todo, Velda —asentí, pensativo.

—¿Qué te preocupa, entonces?

—No sé... —caminé por el largo corredor, blanco y aséptico, del Centro de la Salud Nacional, militarizado en tanto no se estabilizasen los nuevos Gobiernos derribados, cosa de la que se cuidaba una Junta Internacional Militar—. Tal vez pensaba en todo lo sucedido. Me preguntaba si, en el fondo, no todos tenemos parte de razón, pero no sabemos defender lo que es justo, ni siquiera atinamos con la forma ideal de hacerlo. Los Hermanos del Espíritu tenían sus razones. Los gobiernos, las suyas. Yo, las mías. Incluso los resucitados que no deseaban morir, tenían su razón.

—¿Adonde vas a parar, Roy?

—A nada. A la conclusión de que ninguno somos realmente bueno o malo, sino que actuamos conforme a unas ideas o unos prejuicios... o unos intereses, Velda. Pero no siempre lo hacemos con justicia. El fallo radica ahí: en lo justo.

—Lo justo... Es tan difícil ser justo, Roy...

—Muy difícil, sí. Está confusa mi mente aún, Velda.

Pienso en Dyan, en Sybille, en Elma. Todos desaparecieron. Definitivamente. Nos hemos quedado solos, Velda. Muy solos...

—Ya había pensado en eso también, Roy. Muy solos, es cierto. Y ya sin esperanzas de volver a ver a los seres queridos...

—Yo nunca tuve esa esperanza. Nunca deseé que Elma volviese. Y no porque no la amase, sino precisamente por eso. Tenía miedo. Dudaba de que todo fuese tan fácil. Y no lo fue. No lo será nunca. Debemos dejar que la propia Naturaleza haga las cosas. Ayudar a los humanos con la ciencia, pero no alterar las cosas hasta lo monstruoso...

—Roy, ahora todo va a ser diferente. Nadie piensa ya en... vivir otra vez.

—Esa, al menos, es una victoria que nadie nos puede quitar —asentí—. Dejemos a la muerte en su frío eterno. Y a las criaturas humanas que se fueron allá, dejémoslas también. No hay por qué hacerlas regresar de ese frío eterno.

Seguimos caminando Velda y yo. De repente, me detuve. La miré. Velda se quedó sorprendida.

—¿Por qué me miras así, Roy? —quiso saber.

—Pensaba, Velda...

—Piensas demasiado. Trata de olvidar, de mirar adelante ahora...

—Justamente en eso es en lo que pensaba.

—¿Y...?

—Pensaba en ti, en mí... ¿Te acuerdas cuando éramos amigos, solteros los dos?

—Seguimos siendo amigos, Roy.

—Sí, pero eso era diferente. Entonces... entonces yo pensaba que un día, cuando alcanzase un cargo importante..., te pediría en matrimonio.

—Roy...

—Y tú, entonces, te casaste con Dyan. Fue un golpe para mí. Olvidé algo al conocer a Elma. Me enamoré de ella, pero creo que nunca tanto como lo estuve de ti.

—Si me lo hubieras dicho... Yo nunca amé a Dyan como te hubiera amado a ti, estoy segura. Pensé... que no te interesaba en absoluto.

—Fuimos unos tontos. Ambos nos equivocamos.

—Sí, Roy. Ya es tarde para arreglar las cosas que sucedieron —sonrió Velda, mirándome.

—No, Velda —negué—. No siempre es tarde...

—¿Qué quieres decir? —se sorprendió.

—Algún día te lo diré. Algún día. Deja que pase todo esto, esta confusión... Deja que piense con mayor claridad. Quizá entonces...

Quizá, Velda…

—Sí, Roy —ella parecía entenderme—. Es mejor. Y quizá entonces…

Seguimos caminando, corredor adelante. Uno junto al otro. Como dos compañeros que éramos. Por un Centro de la Salud, en paz. Sin resucitados. Sin una pesadilla sobre nuestras cabezas.

Solos los dos, con una esperanza puesta en algún día del futuro.

F I N

[1] OMS: Organización Mundial de la Salud.